EL MUSEO,

ADMINISTRACION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

SUEÑOS Y REALIDADES,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO HURTADO.

Representado en el teatro de la Zarzuela en la noche del 26 de Octubre con extraordinario éxito.

MADRID.
IMPRENTA DE R. LABAJOS,
Cabeza, 27, bajo.

1866.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
1068

SUEÑOS Y REALIDADES.

SUEÑOS Y REALIDADES,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO HURTADO.

Representado con extraordinario éxito en el teatro de la Zarzuela en la noche del 26 de Octubre del presente año.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

RECUERDO Á VALLADOLID.

722566

Digitized by the Internet Archive
in 2020 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/sueosyrealidades00hurt

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, imprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Examinada esta obra, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 2 de Octubre de 1866.

El Censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ISABEL.....	Doña Matilde Diez.
DOÑA MENCIA.....	Doña Teodora Lamadrid.
DON FERNANDO.....	D. Manuel Catalina.
JUAN VIVERO.....	D. Juan Catalina.
EL MARQUÉS DE VILLENA.....	D. Francisco Oltra.
JUAN MARCHENA.....	D. Juan Casañé.
EL CONDE DE TREVIÑO.....	D. Manuel Pastrana.
VIAJERO 1.º.....	D. Manuel Stesso.
VIAJERO 2.º.....	D. Telesforo Garralon.
MOZO 1.º.....	D. Agustin Móstoles.
MOZO 2.º.....	D. Eduardo Rodriguez.

Ricos-homes, mercaderes, pajes, soldados y pueblo.

La escena pasa en una venta, en Dueñas y en Valladolid, 17 y 18 de Octubre de 1469.

ACTO PRIMERO.

Interior de una venta compartida en dos pisos. La parte superior está coronada por una balaustrada de madera á la cual conduce nna escalera tambien de palo.

En el centro una puerta que supone abrir paso á las habitaciones altas.—En la parte baja, puertas á derecha izquierda y fondo.—Á derecha del actor en primer término una ventana que da al campo; á la izquierda, tambien en primer término, una reja que comunica al pasadizo de la puerta que está en segundo término, y que conduciendo á la bodega de la venta se cierra por un gran cerrojo y llave por la parte del público.—Un gran farol en el centro.—Muebles rústicos y estampas de santos en las paredes.

Al abrirse la escena, Juan, en traje de posadero, aparece en la parte superior como observando lo que pasa en el exterior de la venta.—Despues del monólogo, baja á la escena.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.

Traspuso el sol la alta sierra:
la noche esparciendo sombras,

en masa informe confunde
llanuras, plantas y rocas.
Inútil es mi cuidado,
que toda atalaya sobra
cuando los ojos apenas
descubren bultos ni formas.
Y vive Dios que lo siento,
pues me tienen con zozobra
aquellos puntos brillantes
que, en radiacion ilusoria,
centelleando del Duero
en las márgenes frondosas,
me han parecido á lo lejos
visos de lanzas y cotas.
(Receloso.)
¿Qué será?... Sábelo el cielo:
el buen obispo de Osma,
ni en paz su espíritu deja
ni deja en paz á sus tropas.
¡Qué va á que son esas gentes
de la casa de Mendoza,
que al olor de cuanto pasa
vienen á impedir mi obra?
Averiguarlo conviene
por lo mucho que me importa,
que no es bien que esos lebreles
desprevenidos me cojan.
(Llamando.) Hola!... (Baja á la escena.)

ESCENA II.

JUAN y MOZO 1.° con una luz enciende el farol del centro.

Mozo 1.ª Aquí estoy .. ¡Buenas noches!...
JUAN. Santas y buenas.
Mozo 1.° Ya es hora
de encender la luz.
JUAN. Enciende.—
¿Y la gente?...
Mozo. Lista toda.
JUAN. Y Gutierre?
Mozo. Prevenido

y de atalaya en la loma.

JUAN. ¿Los caminos?...

MOZO. No hay cuidado.

JUAN. ¿Estan veladas las trochas?...

MOZO. En cada atajo hay un hombre.

JUAN. De confianza?...

MOZO. Notoria.

JUAN. Valientes?...

MOZO. No hay que dudarlo.

JUAN. De lealtad?...

MOZO. Esa es su norma.

JUAN. Respondes de ellos?...

MOZO. Respondo.

JUAN. Y avisarán?

MOZO. Sin demora.
Apenas un bulto asome
por cualquier vereda próxima,
darán... (Se oye un silbido.)

JUAN. Silencio... ¡un silbido!...

MOZO. Ese silbido denota
que en direccion á la venta
camina alguna persona.

JUAN. Está bien.

MOZO. (Bajando la voz.) Afuera aguardo
ya que hay moros en la costa. (Va á salir.)

JUAN. Á observar, porque esta noche
toda vigilancia es poca.
Mas oye.

MOZO. (Se detiene.) Escucho.

JUAN. Allá abajo
junto al camino que corta
el Duero, ver he creido
ciertas gentes sospechosas.

MOZO. Gentes de guerra?

JUAN. Tal pienso,
pues ante la lumbre roja
del sol poniente, brillaron
súbitas y temblorosas
ciertas ráfagas extrañas
vivas y deslumbradoras,
como gotas de rocío
desprendidas de las hojas,

como las ondas de un lago
cuando el sol las tornasola.

MOZO. Entiendo: lanzas y petos
serán.

JUAN. Eso se me antojan.

MOZO. Quiénes son sabré.

JUAN. Despacha.

MOZO. Pronto vuelvo.

JUAN. Dios te oiga.

MOZO. Ojo!... Un hombre! (Volviendo.)

JUAN. Solo?...

MOZO. Solo.

JUAN. Pues vete.

MOZO. Pues hasta ahora.

ESCENA III.

JUAN y VIAJERO 1.°

VIAJ. 1.° Bendito Dios uno y trino.

JUAN. ¡Alabado sea su nombre!
¿Qué se os ofrece, buen hombre?

VIAJ. 1.° Por de pronto asiento y vino.

JUAN. Bueno lo tengo.

VIAJ. 1.° Si es moro,
mejor.

JUAN. De cristiano viejo
tiene solo el ser añejo
y el haber nacido en Toro.

VIAJ. 1.° (Sentándose.) Buena ejecutoria es!

JUAN. No es mala.

VIAJ. 1.° ¿Es claro?

JUAN. Tintillo.

VIAJ. 1.° Echad para acá un jarrillo
mientras descansan los pies.

JUAN. (Á la puerta de la bodega.)
Hola!... vino!

VIAJ. 1.° ¡Qué trabajo
es andar! ¡Dios de él os guarde!

JUAN. De lejos viene?

VIAJ. 1.° Ayer tarde
salí de tierra de Orcajo.

JUAN. ¿Quereis comer?
VIAJ. 1.° (Sacando de su alforja.) Ya es razon,
que harto el hambre me acongoja.
JUAN. Hola! Hola!... pues no es floja
ni escasa la provision.
VIAJ. 1.° No me suelo tratar mal.
Pan de Arévalo: cecina,
buen tasajo de Medina
y queso de Madrigal.
JUAN. Surtido vais!... no me espanta,
que está el tiempo...
VIAJ. 1.° En casa llena,
presto se guisa la cena,
segun el refran lo canta.
JUAN. ¡Prudente sois!...
VIAJ. 1.° ¿Eso os choca?
Pues si uno no se previene,
apenas si á veces tiene
con que entretener la boca.
JUAN. ¿Andais siempre en el camino?
VIAJ. 1.° De oficio; y me hago la cuenta
que no siempre en una venta
hay reclamos para el vino.

ESCENA IV.

DICHOS y MOZO 2.° por la puerta de la bodega.

VIAJ. 1.° Aquí está.
Dios sea loado!
JUAN. Bebed pues, y buen provecho.
VIAJ. 1.° Amen.
JUAN. (Ap. al Mozo 2.°) ¿Qué hay?...
MOZO 2.° (Id.) Todo hecho.
JUAN. Todo?
MOZO 2.° Todo está acabado.
JUAN. La cancela?
MOZO 2.° Peregrina,
no cede á treinta tirones.
JUAN. Y luces?
MOZO 2.° Cuarenta hachones
dan claridad á la mina.

JUAN. La barca está?
MOZO 2.° Por supuesto.
JUAN. ¿Buena y segura?
MOZO 2.° Probada.
JUAN. Y la gente?...
MOZO 2.° Preparada.
JUAN. Pues todo el mundo á su puesto.
MOZO 2.° ¿Quién es ese?
JUAN. No te asombre,
un escotero de paso.
VIAJ. 1.° (Ap.) Secretos?... me hacen al caso,
pienso que di con mi hombre.
Mancebo, gentil, fornido,
vivo, resuelto, altanero;
este es sin duda el ventero
á quien vengo dirigido.
MOZO 2.° (Ap. á Juan.) Desconfiad voto á tal.
JUAN. ¿Qué sospechas?
MOZO 2.° ¡Cosa rara!
me parece que esa cara
la he visto yo en Madrigal.
JUAN. Nuevas espero de allí.
MOZO 2.° Apuradle hasta que aborte.
JUAN. Eso haré: por lo que importa
no estés muy lejos de aquí.

ESCENA V.

JUAN y VIAJERO 1.°

JUAN. Qué tal el vino? (Sentándose á su lado.)
VIAJ. 1.° De raza;
buen emboque y buen color;
no lo gasta el rey mejor
cuando sale el rey de caza.
JUAN. Os hombreais con el rey?
VIAJ. 1.° De cetrero le he servido,
y á fé que nunca he bebido
un vino de mejor ley.
JUAN. Cazais con él?
VIAJ. 1.° Por fortuna,
cuando viene por acá;

que ahora moros caza allá
por Córdoba ó por Osuna.
Y Dios protegerle quiera,
que mucho mas que al infiel
temo á los que van con él
á talar por la frontera.

JUAN. Pues quiénes son los que van?

VIAJ. 1.° Mala peste!... Gente buena!
Fonseca, Giron, Villena,
el de Estúñiga y Guzman.

JUAN. Oiga? (Mirándole con intencion.)

VIAJ. 1.° Os causa maravilla?
Pues todos esos señores
son un hato de traidores
que empobrecen á Castilla.

JUAN. (Ap.) Qué dice? (Alarmado.)

VIAJ. 1.° En estrecha ley
llevan siempre al rey sujeto,
que no le guardan respeto
ni por hombre ni por rey.

JUAN. ¿Qué eso digais?

VIAJ. 1.° Lo divulgo,
porque en villas y lugares
le pregonan los cantares
que entona Mingo-Revulgo.

JUAN. (Levantándose.) Como yo en este rincon
vivo á esas cosas ajeno...
(Los dos se quedan mirando atentamente en silencio un instante.)

VIAJ. 1.° Pues no sabeis lo que es bueno!...
Acabé mi colacion. (Recoge la comida.)
¿Cuánto os debo?

JUAN. Una bicoca.
¿No bebeis mas?

VIAJ. 1.° (Se levanta.) Basta ya,
que juzgo que se me va
mucho viento por la boca.

JUAN. Tal pienso (Con intencion.)

VIAJ. 1.° (Ap.) ¡Ya se previno!

JUAN. Partis?

VIAJ. 1.° Sí, tengo que ir...

JUAN. ¿Adónde vais á dormir?

VIAJ. 1.° Ni lo sé.
JUAN. Pues buen camino.
VIAJ. 1.° Si por aquí corre el Duero
y no he perdido las señas,
voy á parar junto á Dueñas
á la venta de Vivero.
JUAN. Calla!...
VIAJ. 1.° Qué?
JUAN. Bien os guió
quien por este rumbo os trajo!
VIAJ. 1.° ¿Cómo?
JUAN. Os evito un trabajo,
porque el Vivero soy yo.
VIAJ. 1.° ¿Vos sois Vivero? (Con intencion, y soltando la alforja que ha recogido.)
JUAN. (Lo mismo.) Sí tal.
VIAJ. 1.° Y el nombre? (Con misterio.)
JUAN. Juan es mi nombre.
VIAJ. 1.° Cabal!... ¿No esperais á un hombre?
JUAN. Si por Dios, de Madrigal.
VIAJ. 1.° Y qué mas? (Bajando la voz.)
JUAN. (Con recelo.) ¿Debo decillo?
VIAJ. 1.° Hablad.
JUAN. Pues si el hombre es fiel,
debe traerme un papel
de Don Alonso Carrillo.
VIAJ. 1.° Es este? (Mostrándolo.)
JUAN. (Con gozo.) ¡Sí, á la verdad!...
¡muerto estaba de impaciencia!...
Modelo sois de prudencia.
VIAJ. 1.° Vos dechado de lealtad.
JUAN. (Leyendo.) «Mensajero honrado y fiel
»con este aviso os envio,
»y pues que en él me confio
»confiar podeis en él.
»Sus huellas son precursoras
»de huellas de mas valia,
»pues va sirviendo de guia
»á dos bellas labradoras.
»Ambas descansan en vos,
»y en vos fijan su fortuna;
(Con sorpresa.)

»ya no está el diablo en Osuna:
»harto os digo!— Guárdeos Dios.»

JUAN. (Alarmado.) ¿No está en Osuna? ¡Esto es grave.
(Al mozo.) Si no está allí, ¿dónde está?...

VIAJ. 1.° Cuando el diablo á un punto va
nadie, sino Dios, lo sabe.

JUAN. Eso me alarma.

VIAJ. 1.° Y á mí.

JUAN. Quizás nos sigue la pista.
¿Y esas... mozas?

VIAJ. 1.° A la vista.

JUAN. Pues conducidlas aquí:
¿vienen solas?

VIAJ. 1.° De escuderos,
aunque á prudente distancia,
traen en son de vigilancia
unos cuantos ballesteros.

JUAN. Id por ellas.

VIAJ. 1.° Allá voy.

JUAN. ¡Cuenta que el diablo está ido!...

VIAJ. 1.° (Saliendo.) Descuidad.

JUAN. (Oyendo otra señal.) ¿Otro silbido?...
¡Suelto el demonio anda hoy!

ESCENA VI.

JUAN y MOZO 2.°

MOZO. 2.° Hombre en campaña.

JUAN. Ojo alerta!

MOZO. 2.° Entra?

JUAN. Que el cielo le valga!

MOZO. 2.° Y ese? (Señalando al que sale.)

JUAN. Déjalo que salga
y no abandones la puerta.

MOZO. 2.° Si hay bultos...

JUAN. Sal á su encuentro,
los espias, y si vieres
llegar aquí á dos mujeres,
que pasen, cierras, y adentro.

MOZO 2.° Está bien!...

ESCENA VII.

JUAN solo.

Si el diablo infame
quiere atropellar por todo,
ya habrá de impedirlo modo:
y si quiere entrar, que llame.

ESCENA VIII.

JUAN y VIAJERO 2.°

VIAJ. 2.° Buenas noches!...
JUAN. (Sorprendido.) Vos aquí?
VIAJ. 2.° No me tachareis de posma!
JUAN. Venis?...
VIAJ. 2.° Del Burgo de Osma.
JUAN. Y le habeis visto?
VIAJ. 2.° Le ví.
JUAN. Y qué dice?
VIAJ. 2.° Carta canta.
JUAN. Á vér?... (Despues de leer.) ¡Extraño suces o!..
(Pensativo.) Dios me impone aquí tal peso
que su grandeza me espanta.
VIAJ. 2.° Qué pensais?
JUAN (Reflexivo.) ¡Aquí los dos!...
VIAJ. 2.° ¡Teneis miedo á lo que creo!
JUAN. Eh! no, si en todo esto veo
(Con fuego.) la santa mano de Dios!...
cuando de tal modo anuda
Dios los hilos de este intento,
mas arrojo y mas aliento
me infunde su clara ayuda.
VIAJ. 2.° Echad bien antes la cuenta.
JUAN. Echada está, voto á Amberes;
decid á esos mercaderes
que es suya toda la venta.
Y añadid al principal,
si no lo habeis por enojos,
que aquí han de encontrar sus ojos

quien no le parezca mal.
VIAJ. 2.° ¿Conceptos con rebociño?
JUAN. Haced lo que os digo.
VIAJ. 2.° (Saliendo.) Sea.
JUAN. Tornad presto, que esa idea
ya la entenderá Treviño.

ESCENA IX.

JUAN solo, restregándose las manos con gozo.

Pues, señor, por lo que veo,
de un modo se va esto hilando,
que Dios lo está realizando
á medida del deseo.
¡Y ello habrá de suceder
pese al que estorbarlo quiera!...
mas qué es esto?... ¿ruido fuera?
sepamos quién puede ser.
(Al salir entran Mozo 1.° y 2.°)

ESCENA X.

JUAN y MOZO 1.° y 2.° azorados.

MOZO 2.° Ginetes!...
JUAN. (Alarmado.) ¿De quién? Relata...
MOZO 1.° Marchena!
JUAN. (Contrariado.) ¡Voto á un venablo!...
cerca debe estar el diablo,
pues ya ha metido una pata!
MOZO 2.° ¿Atranco al punto la puerta?...
JUAN. Ya lo contrario es preciso,
déjala abierta, y da aviso
de que esten todos alerta.
(Al 2.°) Á la barca.—(Al 1.°) Tú, al cancel
de la cuadra, y todo listo.
MOZO 1.° Aquí está.
JUAN. Salid, por Cristo,
yo me entenderé con él.
(El Mozo 1.° sale por la puerta del fondo, el 2.° por la de la bodega.)

ESCENA XI.

JUAN y el CAPITAN MARCHENA.

MARCH. Hola!... ¡ventero!...
JUAN. ¿Qué pasa?...
MARCH. Lumbre, pan, vino y abrigo;
traigo diez hombres conmigo
y quiero toda la casa.
JUAN. (Con calma.) Buen pedir!...
MARCH. Buen otorgar
quiero yo: conque al momento...
JUAN. Qué diablos!... mucho lo siento,
pero no os lo puedo dar.
MARCH. No teneis pan?
JUAN. Ni una miga.
MARCH. Y vino?
JUAN. Ni media azumbre.
MARCH. Ni lumbre?
JUAN. Tampoco lumbre.
MARCH. Que Dios tu venta maldiga.
JUAN. Amen!
MARCH. (Sentándose.) Pues haz un poder,
que de esta venta no paso.
JUAN. Es el caso...
MARCH. ¿Qué es el caso?
JUAN. Que tampoco puede ser.
MARCH. ¿Cómo que no?... ¡por mi vida!...
JUAN. Con jurar no ganais nada,
soy dueño de esta posada
y está ya comprometida.
MARCH. Y á mí ¿qué? (Irritado.)
JUAN. (Con el mismo tono.) Pues eso mismo
digo yo.
MARCH. Voto á mi nombre!...
(Ap.) ¿Qué va á que mato á este hombre?
JUAN. (Ap.) Á que le rompo el bautismo?
MARCH. Sabes quién soy? (Se levanta.)
JUAN. Ni es de ley
que lo sepa.
MARCH. Soy Marchena,

(Yendo hácia él amenazador.)
pariente del de Villeña
y del servicio del rey.
Por tal me debes sin tasa
luz, aposento y abrigo.

JUAN. Yo os digo que no, y os digo
que soy el rey en mi casa.
Pagóme quien la pidió
y esta noche vendrá aquí;
pues el precio recibí,
no he de ser quien falte yo.

MARCH. La fuerza impone obediencia.

JUAN. Pues lo que haceis mirad bien,
que dice un refran tambien
que á la fuerza resistencia.

MARCH. Juro á Dios!...

JUAN. (Con el mismo tono.) Yo juro doble!

MARCH. ¡Este mozo desatina!... (Con asombro.)
¿Á que te cuelgo á una encina?

JUAN. ¿Á que yo os cuelgo de un roble?...

MARCH. (Llamando.) Hola!...

JUAN. (Conteniéndole.) La lengua procaz
tened.

MARCH. Tú no me conoces!...

JUAN. Dejad á un lado las voces
y hagamos la fiesta en paz.
¿Vos teneis diez hombres?

MARCH. Sí.

JUAN. Pues bien, deponed el brio,
yo tengo ciento, y el rio
no está muy lejos de aquí;
conque si llamais, infiero
que, tras sangriento desmoche,
vais á hallar cama esta noche
bajo las algas del Duero.

MARCH. (Ap.) ¡Lo dice con una calma
que me pone en aprension!...

JUAN. Oid, pues, en conclusion
cuatro palabras al alma.

MARCH. Habla.

JUAN. Que teneis valor,
eso ni en la duda cabe;

que sois duro harto se sabe,
gracias á vuestro rigor.
Que sois deudo de Villena
vuestra altivez lo pregona;
¡ya veis si la fama abona
lo que puede Juan Marchena!
Pues bien, si á pesar de todo
así á resistiros llego,
y tan resuelto me niego
á daros aquí acomodo,
claro está que este revés,
de mí que tan poco valgo,
debe entrar por vos en algo;
¿no es verdad?

MARCH. Pues claro es!...
Razon de fuerza mayor;
¿no es esto?

JUAN. Razon muy cierta.

MARCH. Está bien!

JUAN. (Señalándola.) Esa es la puerta;
conque...

MARCH. Entiendo.

JUAN. Es lo mejor.

MARCH. No quiero armar rebujina...

JUAN. Y haceis bien!

MARCH. (Ap.) ¿Qué pasa aquí?
Si otra vez te encuentro...

JUAN. Sí,
ya sé, me ahorcais de una encina.

MARCH. Como lo dices.

JUAN. Corriente.

MARCH. (Ap.) Pájaro es este de cuenta!...
Bajemos á la otra venta,
y avisaré á mi pariente.

(Al salir entran la Infanta y doña Mencia de labradoras con rebociños.)

ESCENA XII.

DICHOS, la INFANTA ISABEL y DOÑA MENCIA.

MENCIA. (Con terror.) Jesus!...

JSABEL. (Á doña Mencia con entereza.)
Silencio!
JUAN. (Ap.) Dios mio!...
¿ellas aquí?
MARCH. (Deteniéndose.) Bravo talle!...
No he visto en todo este valle
labradoras de mas brio.
JUAN. Partid, no estan para vos!...
MARCH. ¿Siendo dos, eso me dices?
JUAN. Y qué?
MARCH. Pues son dos perdices,
para dos perdices, dos.
JUAN. Salid.
MARCH. Me quedo y te pago
cuanto pidas; ¿qué mas quieres?
JUAN. Que no, digo.
MARCH. ¡Terco eres,
voto á mi patron Santiago!...
Princesa...
(Dirigiéndose á la Infanta con galanteria.)
MENCIA. (Alarmada ap.) ¿La conoció?
MARCH. Si hace falta un Beltenebros...
JUAN. Eh!... basta ya de requiebros,
que estoy para fiestas yo.
MARCH. Vamos. (Ap.) Como soy Marchena
que mi paciencia se apura!...
Esto me huele á aventura
y á traicion contra Villena.
(Á Juan.) ¿Salis conmigo?
JUAN. Sí á fé.
MARCH. Vamos!... (Ap. mirándolas.) ¡Solas y á estas ho-
¡Por Dios, que las labradoras [ras?
dan que pensar. (Salen.)
MENCIA. (Viéndolos salir.) Ya se fué.

ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL, DOÑA MENCIA. Se descubren.

MENCIA. ¡Cuánto he temido por vos!...
ISABEL. Depon el miedo, Mencia, (Con gran fé.)
¿qué cristiano desconfia

de la proteccion de Dios?...

MENCIA. Del marqués temo la saña,
que es poderoso enemigo.

ISABEL. ¡Qué podrá el marqués conmigo
si Dios viene en mi compaña?
Á su voluntad expresa
me entrego ciega y sumisa,
pues hasta en sueños me avisa
que está conmigo en mi empresa.

MENCIA. Cómo?

ISABEL. Escúchame y sabrás
por qué asi en su ayuda creo,
que esta no es vano deseo
mi amor solo, es mucho mas.
Mi mano y mi posesion
piden con igual instancia,
Portugal, el rey de Francia
y el infante de Aragon.
De Castilla en interés
heredera de mi hermano,
entregar debo mi mano
á un príncipe de los tres.
De cualquiera la alianza
importa al reino afligido,
que á tal punto lo ha traido
de Villena la privanza.
Ayuda al cielo pedí
para elegir acertada;
y una voz de Dios bajada
resonó dentro de mí,
que hiriendo mi corazon
con celestial armonia,
me dijo: «toma por guia
al infante de Aragon.»
Desde entonces yo no sé
lo que en el alma me pasa,
que un fuego dulce me abrasa
como el fuego de la fé.

MENCIA. Amor!...

ISABEL. Si es santo el calor
que en el pecho amor derrama,
si es el amor una llama

de celestial resplandor;
si es un contínuo interés
que nos mueve noche y dia ..

MENCIA. Asi es amor!

ISABEL. ¡Ay, Mencia,
pues entonces amor es!

MENCIA. Le habeis visto?

ISABEL. No; ¡ay de mí!
mas tal cual es lo presiento;
pero digo mal, te miento,
que en sueño una vez lo ví.
¿Una vez?... Lo he visto dos,
y por eso en Dios confio,
que cuando cede mi brio
me lo muestra en sueño Dios.
Cuando al rey de Portugal
negué mi mano en Ocaña,
y ardiendo en injusta saña
tratóme Enrique tan mal;
cuando mas tarde tambien
negué mi mano al de Francia,
y mi hermano en su arrogancia
me hizo sentir su desden;
desheredada, afligida,
vacilante y sin consuelo,
lloré, recé, y pedí al cielo
amparo para mi vida.
Y en una y otra ocasion
templando mi pena suma,
Dios me mostró entre la bruma
al infante de Aragon.

MENCIA. Oh!... me asombrais!

ISABEL. ¿No es verdad
que esto asombra? Pues escucha,
que aun mas clara en esta lucha
se ostenta su voluntad.—
—Hace poco... ¡no estoy cierta
cuando fué!—sé que hace poco;
y decir no sé tampoco
si fué dormida ó despierta,—
que muy próxima de mí,
y en una noche callada,

una voz casi apagada
me habló diciéndome así:—
«Enrique cuarto en Osuna,
»el marqués en la frontera:
»quién tiene amor, ¿á qué espera
»que no labra su fortuna?
»contra la violencia, ardid,
»contra el temor, osadia;
»gentes de mucha valia
»tienes en Valladolid.
»Pues propícia es la ocasion,
»y él te quiere y tú le amas;
»¿por qué á tu lado no llamas
»al infante de Aragon?»
—¿Quién me aconsejaba así
que así excitaba mi anhelo?
¿Era aquella voz del cielo,
ó estaba dentro de mí?...
No lo sé: tendí mis ojos
por las sombras, y á lo lejos
vi brillar ciertos reflejos,
ciertos resplandores rojos,
que en la densa oscuridad,
á medida que pasaban,
los secretos me mostraban
que esconde la eternidad.
Un trono de oro fundido
allí con gloria lucia,
y el dragon de la anarquia
estaba á sus pies rendido.
Rica una ciudad bañada
de nieves, perlas y flores,
huérfana de defensores
tambien estaba postrada.
Y á la vacilante luz
de un sol triste y macilento,
entre las olas del viento
se alzaba enhiesta una cruz.
—¿Qué mas? allá del profundo
seno de la mar hirviente,
como cuando Dios potente
sacó de la nada el mundo,

brotó una vasta region
de tan rara maravilla,
que hiriendo con fé sencilla
mi turbado corazon,
me hizo exclamar altanera
y fuera de mí, Mencia:
«Por esa region daria
no sé qué, si reina fuera.»—
Á á esta ruda exclamacion,
«será tuya,» una voz dijo:
¡y era quien tal me predijo
el infante de Aragon!—
Y ahora comprendiendo vas
¿por qué tan ciega en Dios creo?
¡Ah! no, no es esto un deseo
de mi amor, es mucho mas!

MENCIA. Oh sí, creo como vos;
mas si el infante no viene...

ISABEL. ¿Pues eso qué duda tiene (Con fé solemne.)
si debe quererlo Dios?

MENCIA. Vivero!...

ESCENA XIV.

DICHAS, VIVERO, inclinándose respetuosamente.

JUAN. Perdon, señora,
si antes al pisar mi puerta,
con la frente descubierta
no os saludé como ahora.

ISABEL. En ello mi causa gana,
que el secreto es lo primero;
¡premie Dios al buen ventero
que así sirve á la aldeana!...

JUAN. Mas ese santo varon
tan fuera de mí me tuvo,
que pienso que en poco estuvo
que perdiera mi razon.

ISABEL. Se fué?

JUAN. Se fué.

ISABEL. ¡Con Dios vaya!

JUAN. Tan rudo y tan terco ha estado,

que á no haberle amenazado
no le hubiera puesto á raya.

ISABEL. ¿Sospechará?

JUAN. Tal vez sí.

ISABEL. Entonces dad el aviso,
y á partir.

JUAN. (Respetuoso.) Aun es preciso
que aguardeis un poco aquí.

ISABEL. ¿Qué falta?

JUAN. No falta nada;
por esa estancia vecina
se baja al punto á la mina;
una barca preparada
se encuentra á orilla del rio;
y en las márgenes opuestas
hay acémilas dispuestas
y treinta mozos de brio.

ISABEL. Y entonces...

JUAN. (Ofreciéndoselo.) Este papel
disculpará la tardanza.

ISABEL. Dadme: (Abriéndolo.) ¡No sé qué esperanza
siento que me llega en él!
(Mientras Isabel lee para sí junto al farol del centro.)

JUAN. Ah! mi bien!...

MENCIA. Ved si es valor!...

JUAN. Que aquí os veo?

MENCIA. ¿Eso os espanta?
Si lealtad debo á la infanta
¿no debo á Vivero amor?

JUAN. Inmensa felicidad.

MENCIA. ¿Saldremos bien?

JUAN. ¿Quién lo duda?
si Dios concierta en su ayuda
el amor y la lealtad!

ISABEL. (Leyendo.) «De mercader en aliño
»y con género de cuenta,
»hoy llegaré á vuestra venta,
»en gracia de Dios.—Treviño.»
Ah... (Con alegria.)

JUAN. ¿Comprendeis la razon?...

ISABEL. ¿Cómo no?... bien la comprendo,

que harto me lo está diciendo
mi agitado corazon.
Bendiga Dios el papel
que tales nuevas trasmite,
al conde que lo remite
y á cuantos vienen con él.

MENCIA. Voces suenan!

JUAN. (Se asoma presuroso y vuelve.) Ellos son!...

MENCIA. ¿Qué ese rumor nos previene? (Asustada.)

ISABEL. Ay mi Mencia! que ahí viene
el infante de Aragon.
Cúbrete!...

MENCIA. (Con extrañeza.) ¡Vos tambien!...

ISABEL. Sí.

JUAN. ¿Quereis que ignore, señora?
(Con extrañeza.)

ISABEL. Sí, que es bien probar ahora
si Dios lo impulsa hácia mí.

ESCENA XV.

DICHOS, D. FERNANDO, el CONDE DE TREVIÑO y tre caballeros mas en traje de mercaderes.

TREVIÑO. (Á la puerta.) ¡Ah de la venta!

MENCIA. (Ap. á Isabel.) Ahí estan!

TREVIÑO. ¿No hay ventero en esta casa?

JUAN. Sí que hay ventero, ¿qué pasa?

TREVIÑO. ¿Nos dais posada, galan?...

JUAN. ¿Pues no? (Se acerca á Treviño y habla bajo.)

MENCIA. (Ap. á Isabel.) ¿Cuál es de los tres?...

ISABEL. Ay Mencia, no lo veo!...

MENCIA. ¿Será que os burle el deseo?
(Entra D. Fernando.)

ISABEL. Ay, no, míralo, aquel es!...
Tu mano en mi pecho pon;
¿ves cómo late agitado?
Pues él es! que hasta ahora ha estado
dormido mi corazon.

JUAN. (Á Treviño.) Decis que sois mercaderes?

FER. (Mirándolas.) ¿Mujeres con reb ciño?

TREVIÑO. Ya lo ois...

JUAN. Muy bien.
FER. (Ap. á Treviño.) Treviño,
¿quiénes son esas mujeres?
ISABEL. (Á Mencia.) Mira?
MENCIA. (Á Isabel.) Sospecho que sí.
TREVIÑO. No sé; no serán muy bellas
pues se tapan.
FER. (Ap.) ¡Qué hay en ellas
que no sé qué siento en mí!
TREVIÑO. Mientras me entero de todo,
(Ap. á D. Fernando.)
habladlas.
FER. Eso he de hacer.
TREVIÑO. (Á todos.)
Con que vamos (Á Juan.) quiero ver
si nos dais buen acomodo.
(Salen todos menos

ESCENA XVI.

DOÑA ISABEL, MENCIA y D. FERNANDO.

FER. Misteriosas labradoras,
á quien Dios guarde en paz;
¿qué teneis, que así la faz
recatais á tales horas?
¿miedo?...
ISABEL. No.
FER. ¿Qué puede ser?
ISABEL. Pudor.
FER. Razon es que acato.
ISABEL. Y haceis bien, que es el recato
corona de la mujer.
FER. Pardiez que la frase es buena!
ISABEL. De Dios viene.
FER. Y gozo da,
que á fé que expresada está
con una voz que enajena.
ISABEL. ¡Pláceme que gozo os dé!
FER. Y mucho, que su sonido
en otra parte he sentido,
y en donde ha sido no sé.

ISABEL. Imposible!
FER. Por quien soy
que á juraros me aventuro...
ISABEL. Pues no jureis, que yo os juro
que no os he hablado hasta hoy.
FER. ¿Entonces por qué razon
de gozo inefable henchido,
turbado y estremecido
se agita mi corazon?
ISABEL. ¿Quién sabe?
FER. Pues yo jurara...
ISABEL. (Ap. á Mencia.) Oyes, Mencia?
MENCIA. Sí, á fé.
ISABEL. (Ap.) Quién duda ya, si se ve
que Dios todo lo prepara?
FER. Quereis hacerme un favor?...
ISABEL. Sí tal.
FER. ¡Pues veros querria!...
ISABEL. (Ap. á Mencia) Descubrámonos, Mencia.
(Lo hacen.)
Ya estais servido, señor.
FER. (Sorprendido.) ¿Qué es lo que mis ojos ven?...
ISABEL. ¿Qué teneis?...
FER. (Con mas asombro.) Pierdo el sentido!...
(Con mas fé.)
Oh!... juro á Dios que os he oido
y que os he visto tambien.
ISABEL. ¡Verme! Oirme! ¡raro empeño!
Dónde, cuándo? (Sonriendo.)
FER. (Señalando al corazon.) Dónde? aquí,
que os llevo dentro de mí
desde que os vi en cierto sueño.
ISABEL. Solo así pudiera ser! (Riendo.)
FER. Os burlais?
ISABEL. Gozo de oiros!
Seguid.
FER. Pues voy á deciros
cómo os llegué á conocer.
ISABEL. Hablad.
FER. En cierta ocasion...
ISABEL. Eso es sueño?
FER. ¡Que algo encierra!

Iba yo por una sierra
de los montes de Aragon.

ISABEL. ¿De Aragon? (Mira á Mencia con intencion.)

FER. Allí he nacido.

ISABEL. Seguid. (Suspirando gozosa.)

FER. Cazando y cazando,
me fuí en la sierra internando,
solo, sin rumbo y perdido.
Pálido el sol descendia
traquilamente á su ocaso,
y la noche mas que á paso
su red de sombras tendia,
cuando á la luz incolora
del sol poniente advertí,
cerca, muy cerca de mí
á una bella labradora.
¿Por dónde llegó? No sé;—
era un ángel? Dios lo sabe;
si era tal, duda no cabe
que era el ángel de la fé.
Al verla mi corazon
latió con dulce latido,
y al punto sentíme herido
de amorosa sensacion.
—Adónde vais por aquí,
la dije, sola y sin tino?—
y ella dijo: «es nuestro sino
quien me conduce hasta tí.
Sigue de mi huella en pos,
que así es del cielo el intento:
déjate arrastrar del viento
y á impulso iremos de Dios.»
—Díjome; y sin vacilar,
mi mano puesta en su mano,
crucé un monte, un valle, un llano,
corté el aire, pasé el mar;
y así en raudo torbellino
sombras extrañas rompiendo,
fuimos los dos descubriendo
los arcanos del destino.
El sol ahuyentando horrores
se alzaba ante un nuevo dia,

y el suelo nos sonreia
galano en frutos y flores.
En santo y dulce solaz,
los pueblos que antes lloraban,
tranquilamente gozaban
los encantos de la paz.
Y el mar, abriendo el tesoro
de su entraña palpitante,
nos arrojaba gigante
montañas de perlas y oro.
Qué mas? ¿Qué mas?—No lo sé,
que el alma anegada en gozo
lanzó un grito de alborozo
y á este grito desperté.
Mas antes de despertar,
díjome mi conductora
con esa voz seductora
que en vos viene á resonar:
«Pues ya el cielo te mostró
cuanto el porvenir encierra,
vete, y si ves en la tierra
una mujer como yo,
dála tu amor y tu mano
con fé ciega y vivo anhelo,
que así lo dispone el cielo
en su intento soberano.»
Dijo, y se alejó de mí
alegre el aire cruzando!
Ya sabeis, pues, cómo y cuándo
os hallé y os conocí.
Y pues la mano de Dios
aquí me conduce ahora,
y de aquella labradora
sois la propia imágen vos,
con el amor que os ofrezco
mi mano y mi vida os doy.—

ISABEL. Paso!... que tal vez no soy (Con dignidad.)
lo que á la vista parezco.

FER. Disfraz traeis?

ISABEL. Puede ser!...

FER. Pues eso al caso responde,
que algo en mí tambien se esconde

extraño á lo mercader.
ISABEL. Cómo?
FER. ¡Nobleza me abona!
ISABEL. Tambien á mí!
FER. Sois mi igual.
ISABEL. Yo tengo sangre real.
FER. Y yo... heredo una corona!
ISABEL. Pues no es menor mi blason!
FER. Entonces... ¡oh maravilla!...
sois...
ISABEL. Isabel de Castilla!
FER. Yo... Fernando de Aragon!
(Descubriéndose. Quedan contemplándose.)
MENCIA. Jesus! (Asombrada.)
FER. (Dándose las manos.) Por extraño modo
Dios nos conduce hasta aquí.
ISABEL. Bendigamos al que así
(Con solemnidad mirando al cielo.)
lleva los hilos de todo. (Se arrodillan.)
FER. Decis bien!... su aliento llena
(Cayendo de rodillas.)
la mar, la tierra y el viento!...
MENCIA. Gloria á Dios!... (Entusiasmada.)
ISABEL. (Alarmada.) ¿Qué rumor siento?
Alzad!... (Se levantan y escuchan.)
MENCIA. Vivero!... (Alarmada yendo al fondo.)

ESCENA XVII.

DICHOS, VIVERO, TREVIÑO, y demas caballeros, apresurados.

JUAN. (Movimiento en todos.) ¡Villena!
ISABEL. ¿Él aquí?
MENCIA. (Asustada.) ¡Dios me socorra!
FER. ¿El Marqués?
ISABEL. ¡Suerte enemiga!
¿Cómo está aquí si hace poco
se hallaba en Andalucia?...
TREVIÑO. ¿Qué causa no tiene un Judas
que ante el oro no se rinda?
JUAN. Pues bien, bravos infanzones,
(Á los aragoneses.)

caballeros de Castilla, (Á los suyos.)
ved qué haceis por una dama
que en vuestro amparo confia.

TREVIÑO. Morir por ella.
(Todos se desatan los tabardos y dejan ver sus armas.)

ISABEL. ¡Silencio!...
Sangre no.

FER. La astucia sirva.

ISABEL. Vivero!

JUAN. (Señalando la puerta de la bodega.)
La entrada es esa.

ISABEL. Infante! (Á Treviño.) Conde!... Mencia!...
venid!...

FER. Señora!... un momento:
para hacer perder la pista
á Villena, la presencia
de esta dama aquí es precisa.

ISABEL. ¿Oyes, Mencia?...
(Adivinando el intento del Infante.)

MENCIA. (Con terror.) Ay, Vivero;
ved que á otro amor me destina
su ambicion!

JUAN. (Celoso.) ¿Cómo?

MENCIA. Á su hijo!

ISABEL. La amais?.... (Con asombro.)

JUAN. (Resuelto y con calor.) Y no la amaria
si no estuviera dispuesta
á perder por vos la vida.

MENCIA. Partid, señora. (Con resolucion.)

ISABEL. Alma noble!...
La adora y la sacrifica!
Yo premiaré ese heroismo.
vamos.

JUAN. (Al Mozo 2.°) Sirve tú de guia,
y cuenta con la cancela
que cierra el paso á la mina.

Mozo 2.° Descuidad.

ISABEL. (Á los caballeros con fé.) Espero en Dueñas.

TREVIÑO. (Á los suyos.) Á Dueñas antes del dia.

JUAN. Partid, que llegan: (Á Mencia.) cubrios:
aquí estan!

MENCIA. (Ap. y con terror.) Dios nos asista!

ESCENA XVIII.

MENCIA, VIVERO, MOZO 1.° y MERCADERES, el MARQUÉS DE VILLENA y el CAPITAN MARCHENA.

MARCH. Ya está aquí otra vez Marchena!
JUAN. (Con calma.) Hola! sois vos?
MARCH. Ya caiste:
veremos quién se resiste
ante el Marqués de Villena.
MARQ. ¿Es este el ventero?
MARCH. Sí.
MARQ. ¡Trazas tiene de bribon!
¿Y estos hombres, quiénes son?
JVAN. No sé.
MARQ. (Con imperio.) Pues fuera de aquí.
JUAN. ¡Pardiez, que me tiene cuenta!...
(Salen todos)
largo!... (Ap.) Escapad!... (Al Mozo 1.°) menos
MARCH. Já!... já!... ¡voto á Belcebú!... (Riendo.) [tú.
MARQ. Calla... y registra la venta.
(Marchena sube á la parte alta.)

ESCENA XIX.

El MARQUÉS, MENCIA, VIVERO y MOZO 1.°

MARQ. (Mirando á Mencia ap.) Se oculta con interés!
su rostro el rebozo escuda:
¡y en este traje!... no hay duda,
di con la presa, ella es!...
(Ap. á Vivero.) Oye tú... ¿Quién es aquella
mujer?
JUAN. Ha poco que ha entrado,
no lo sé.
MARQ. (Ap.) Pues ponte á un lado,
que tengo que hablar con ella.
JUAN. (Al Mozo.) Un caballo junto al rio.
MOZO 1.° (Á Vivero.) Dispuesto está.
JUAN. Espera allí.

(Sale el Mozo 1.º)

MENCIA. (Ap.) Qué va á suceder aquí?
¡Préstame aliento, Dios mio!
(El Marqués se aproxima lentamente á Mencia.)

ESCENA XX.

EL MARQUÉS, MENCIA, VIVERO.

MARQ. Señora, mucho se humilla
quien con ese disfraz viene:
¿es eso lo que conviene
á una infanta de Castilla?
¿Así en mengua de la ley
y del poder soberano,
quitais honor al hermano,
negais obediencia al rey?
cuidad que en ello haceis mal,
y que yo á impedirlo vengo,
pues órdenes suyas tengo
de volver á Madrigal.

MENCIA. ¡No os entiendo!...

MARQ. Dios! ¿qué oí?...
¡esa voz!... ¡su voz no es esa!...
(Airado.) Pues no siendo la princesa,
¿quién se recata ante mí?
(La arranca el rebociño.)

MENCIA. Jesus!...

JUAN. (Echa mano al puñal y se contiene.)
Conténgame Dios!...

MARQ. Vos aquí!... (Reconociendo á Mencia.)

MENCIA. (Con terror: ap.) Su ira me espanta!...

MARQ. Hablad, ¿dónde está la infanta?

MENCIA. Ah!... (Con miedo.)

JUAN. (Como asaltado de una idea.)
¿Por quién preguntais vos?

MARQ. Por otra mujer que aquí
debió llegar.

JUAN. Sí que vino.

MARQ. Dónde está?

JUAN. Ciega y sin tino
salió al veros por ahí. (Señala la bodega.)

MARQ. ¿Tiene esa puerta salida?
JUAN. Sí tiene.
MARCH. (Desde lo alto bajando.) Ni un alma suena!...
MARQ. ¡Vive Dios!... Aquí, Marchena.
MARCH. ¿Qué pasa?
MARQ. Que va de huida.
Sigue.
(Entran los dos por la puerta de la bodega.)

ESCENA XXI.

MENCIA, VIVERO, los sigue hasta la puerta.

MENCIA. ¿Qué haceis? (Con ira y dolor á la vez.)
JUAN. (En voz baja con ansiedad y observando.)
Callad vos.
MENCIA. ¡Cometer tal villania!...
JUAN. (Echando el cerrojo y la llave.)
¡Cayeron!... vamos, Mencia,
y ahora... ¡protéjanos Dios!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de la casa del Marqués de Villena en Dueñas: puerta á derecha izquierda y fondo, ventana á la calle: una puerta secreta.—Candelabros encendidos; trofeo de armas.

Al abrirse la escena, penetra Doña Mencia y se arroja en un sillon casi desfallecida, Vivero se detiene en la puerta como procurando convencer á los soldados que le rodean, cuyo jefe, sin hacerle caso, da sus órdenes en secreto, retirándose en seguida, dejando dos centinelas que se pasean por el exterior de la habitacion.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MENCIA, JUAN y soldados.

JUAN. (Entre ellos.) Por vida de mis pecados!
¡Hacernos venir á Dueñas
sin mas ley que la malicia
ni mas razon que la fuerza!
Vive Dios!... ¿que quienes somos?
Pues harto el traje lo muestra,
labradores de Castilla
y de Valoria la buena.
—Que adónde vamos? Á casa,
á cuidar de nuestra hacienda.
Que ibamos corriendo!... Es claro!

si nos faltaban dos leguas,
¿era cosa de quedarse
á dormir en una venta?—
¿Que por qué gritó esta moza?
¡vaya una pregunta necia!
¿quién no se asusta de noche
y á mas si la noche es negra?
Basta de chanza!... Dejadnos
dar á Valoria la vuelta,
que ya las sombras se borran
y el alba á apuntar comienza.
(Los soldados se retiran.)

ESCENA II.

JUAN y DOÑA MENCIA.

JUAN. Pues, señor, inútil ruego:
estas gentes de Villena
parecen todas cortadas
por una misma tijera.
No me atienden.
MENCIA. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Ay, Vivero!...
JUAN. Dejad á un lado las quejas,
que mas que nunca ahora debo
tener firme la cabeza.
MENCIA. Si temo por vuestra vida,
¿cómo no llorar por ella?
JUAN. Noble sois, en el peligro
la sangre noble se ostenta;
probadme que aun en Castilla
sobra el valor en las hembras.
MENCIA. Decid cómo.
JUAN. Resistiendo
del marqués á la exigencia:
su hijo os quiere.
MENCIA. (Con desprecio.) No es mi mano
lo que su ambicion anhela.
Razon de infame codicia,
sed de poder y riquezas;
son los móviles que impulsan
al Marqués en esta empresa.

Huérfana soy; con mi enlace
de tal modo se acrecientan
sus estados, que en Castilla
no habrá noble que le exceda.
Tanto, que si al rey un dia
hacer sombra pretendiera,
dudo que aun el rey pudiese
poner coto á su soberbia.

JUAN. (Con indignacion.) Y cómo el rey ha podido
abdicar vuestra tutela?
¿No ve que con tal enlace
su propio poder cercena?

MENCIA. (Con lástima.) ¡El rey!... dicen que el cariño
del de Villena le ciega!...
si dijeran que le teme,
razon acaso tuvieran.
Temor fué lo que en Guisando
puso fin á las revueltas
que en largo espacio tuvieron
á toda Castilla en guerra.
Temor fué, temor tan solo,
lo que sin ley ni conciencia,
en tan indigna jornada
pactó el rey para su mengua.
Aclamada su deshonra,
depuesta la Beltraneja,
alzada contra su gusto
la Infanta por heredera,
y vendida al par su mano
á la casa portuguesa,
¿quién ganó allí?... Enrique cuarto
perdió su honor con afrenta;
perdió el derecho la hija,
quedó la Infanta sujeta,
la nobleza sin decoro,
sin honra Castilla entera.
Quién ganó? Villena solo,
pues con sus artes protervas,
mató de un golpe el influjo
de don Beltran de la Cueva;
quitó prestigio al monarca,
ligó á su ambicion extrema

á Portugal, y sediento
de mas poder y grandeza,
al rey demandó mi mano;
y el rey falto de cautela,
accediendo á su demanda,
no vió lo que daba en ella.

JUAN. Ligada quedó la Infanta
(Con intencion.) á Portugal, y hoy resuelta
rompe el inícuo tratado
que el rey ajustó en la venta.

MENCIA. Y qué?...

JUAN. (Temeroso.) ¿Sabreis imitarla?

MENCIA. (Con orgullo.) ¿Pues quién dudarlo pudiera?
¡Amándoos yo, dar mi mano!...
Antes que casada, muerta.

JUAN. Ay, Mencia! esas palabras
(Con entusiasmo.)
me devuelven mi entereza.

MENCIA. ¿Habeis dudado?

JUAN. He dudado;
mas perdonadme esta ofensa,
que lágrimas en los ojos
pregones son de flaqueza.

MENCIA. Si en grave peligro os veo,
¿cómo dejar de verterlas?...
El Marqués es poderoso,
en vos hallan resistencia
sus planes, es vengativo,
y en esta ruda contienda,
cuanto á su paso se oponga,
cuanto á su ambicion contenga,
bajo su ardiente despecho
se convertirá en pavesas.
Allá su orgullo ofendisteis,
aquí su gente os apresa,
¿qué ha de hacer de vuestra vida
cuando á su alcance la tenga?

JUAN. Estando de vos seguro,
siendo vos mi recompensa,
¿qué han de poder sus enojos
con una vida que es vuestra?...

MENCIA. Arrancárosla.

JUAN. Imposible:
Resuelto yo á defenderla,
de entre el turbion de su iras
sabré volvérosla ilesa.

MENCIA. Vana esperanza!... ¡Estais preso!
(Con desaliento.)

JUAN. Qué importa? Escuchad atenta.
(Con misterio.)
Bajo esta oscura techumbre,
bajo esta mole de piedras,
á la luz del sol se abrieron
mis ojos por vez primera.

MENCIA. ¿Qué decis?

JUAN. Aquí he nacido;
de aquí en mi infancia risueña,
salí huérfano y sin guia
á cruzar solo la tierra.
De mis extensos dominios,
ni un mal terreno me queda,
que el Marqués los hizo suyos
como despojos de guerra.
Mas ¿qué importa? De esta casa
guardo la memoria entera,
que está unida á mis recuerdos
con una historia sangrienta.
No hay un salon sin secreto,
ni estancia grande ó pequeña
que no tenga en sus paredes
alguna escondida puerta.
Comprendeis?...

MENCIA. (Con alegria.) Sí, sí, comprendo.

JUAN. Ademas, por dicha nuestra,
mi escudero pasó el rio
sin que esas gentes lo vieran;
y si la Infanta conoce
el peligro que nos cerca,
de su aliento generoso
auxilio mi pecho espera.

MENCIA. Oh!... Callad, sus voces siento...?

JUAN. Cierto, la voz de Marchena.

MENCIA. Vivero!... (Asustada.)

JUAN. Valor, Mencia,

tened fé.

MENCIA. Dios nos proteja.

ESCENA III.

DICHOS, MARCHENA, hablando con los de afuera.

MARCH. ¿Un hombre y una mujer?
(Entrando.) Basta, quienes son infiero,
pues si el hombre no es Vivero
no sé yo quién pueda ser.
Já, já!... (Contemplándolo.)

JUAN. (Con calma.) Lo habeis acertado,
Juan Vivero en una pieza.

MARCH. ¡Diablo!... (Con lástima.)

JUAN. ¿Qué?

MARCH. Por tu cabeza
no doy, Vivero, un cornado.

JUAN. De veras?

MARCH. No, por San Blas.

JUAN. Pues aunque ufana se muestra...

MARCH. Habla.

JUAN. Lo que es por la vuestra
no diera yo mucho mas.

MARCH. ¿Aun braveas?... Cosa rara!...
me place tu desparpajo.

JUAN. ¡Aun puesto el cuello en el tajo
os juro que braveara!...

MARCH. (Riendo con sarcasmo.)
Dios te la depare buena!...
¿Qué es tajo?... ¡Por Belcebú!
para mozos como tú
sobra aquí con una almena.

JUAN. Sí?

MARCH. ¡Y aun te hacemos favor!

JUAN. Puede; pero yo os prometo
que si os hallo en tal aprieto,
os he de tratar peor.

MARCH. Siento con dolor profundo
no darte un placer tan grave!

JUAN. Pues no os fieis!...

MARCH. ¿No?

JUAN. ¿Quién sabe?
¡Da tantas vueltas el mundo!
MARCH. Por muchas vueltas que dé,
te juro por mi fortuna,
que antes que pueda dar una
no sabrás tenerte en pie.
¿Crees que tendrá compasion
el Marqués, de quien osado
en trampa tal le ha encerrado
como si fuera un raton?
¿Es poco, por Barrabás,
en trance tan importante,
tocar hierros por delante
y cerrojos por detras;
y en tan estrecha guarida
como una fiera acosada,
tener cerrada la entrada,
y cerrada la salida?
¿Es poco, acaso, sentir,
dando al furor incentivos,
la voz de los fugitivos
y no poderlos seguir;
y para mayor tormento,
sentir cerca sus pisadas,
y escuchar sus carcajadas
desvanecerse en el viento?
Pardiez! de tanto bregar,
(contempla aquestos rasguños)
deshechos traigo los puños,
ronca la voz de gritar.
Y gracias que alguien me oyó,
que si esto no sucediera,
pienso que el Marqués muriera
de rabia allí, como yo.
Ahora bien, pues que Luzbel
te trajo aquí de la venta,
ajusta con Dios tu cuenta,
que vas á verte con él.
MENCIA. Por Dios, capitan!...
MARCH. ¿Quién ruega?...
calla!... una moza de chapa!...
(Reconociéndola.) Ya te conozco! eres guapa,

y por lo visto andariega.
Pues que ya sabes quién soy,
y eres de esta lid despojos,
juzga, niña de mis ojos,
que eres mia desde hoy.

MENCIA. Oh!... (Retrocediendo.)

JUAN. ¿Qué decis! (Interponiéndose.)

MARCH. Voto á brios!...
¿á qué tantos aspavientos?...
¡Pues digo que mis intentos
son para ofender á Dios!—
(Á Juan.) Si al cabo te pierde aquí,
si tu muerte hace su suerte,
¿no consigue con tu muerte
que yo la eleve hasta mí?
Pues siendo así, considero
que al fin á mi amor se hará,
que harto se ve lo que va
de un jayan á un caballero.—
¿No es verdad, niña?...

MENCIA. (Con terror.) Ay de mí!

JUAN. Ved, Marchena, que os advierto...

MARCH. Las advertencias de un muerto
estan por demas aquí.—
Con que así, no hay mas que hablar,
que mi paciencia se apura;
el muerto á la sepultura,
nosotros, niña, á gozar.—
Paso!...

JUAN. (Interponiéndose con energia.) Villano sin ley!...

MENCIA. Socorro contra este aleve. (Gritando.)

ESCENA IV.

DICHOS, el MARQUÉS DE VILLENA seguido de dos pajes, que recogen el morrion y la espada, y luego se retiran.

MARQ. ¿Quién aquí á faltar se atreve
á la pupila del rey?...

MARCH. (Desconcertado descubriéndose.)
Del rey!...

MARQ. ¿Qué sucede aquí?...

Hablad, capitan Marchena;
(Con enojo.) quien del Marqués de Villena
mancha los timbres así?

MARCH. (Aturdido.) Como en traje de pechera
aquí y allá la encontré,
la tuve... vamos... pensé
que era una moza cualquiera.
Placióme: y como creí
que esto á las leyes se ajusta,
díjeme: «pues que me gusta,
la hago presa para mí.»—
Ella quien era calló;
yo no estaba en el secreto...
ahora lo sé: la respeto,
perdon pido... y se acabó.

MARQ. Marchena, á toda mujer
honor se debe sin tasa.

MARCH. Muy bien.

MARQ. Y estando en mi casa,
la protege mi poder.

MARCH. Eso es muy puesto en razon.

MARQ. Salid.

MARCH. (Refunfuñando.) Yo la fiesta pago:
(Saliendo.)
corriente.—(Volviendo.) Mas por Santiago,
(Señalando á Vivero)
¿no ahorcamos á ese bribon?
(Momento de ansiedad en todos.)

MARQ. (Despues de contemplar á Vivero un momento.)
Salid, digo.

MARCH. Está muy bien.
(Ap. saliendo.) Nada!... mi gozo en un pozo!
voto al diablo!... ¿Á que el tal mozo
se libra de esta tambien?

ESCENA V.

EL MARQUÉS, VIVERO y MENCIA.

MARQ. Ya lo habeis visto, señora;
á tal peligro se expone
quien con mengua de su fama
por todo respeto rompe.

¿Quién adivinar pudiera
bajo ese ropaje informe
á la mas noble doncella
que en Castilla se conoce?
¿Quién pudiera imaginarse
que en ese sayal se esconde
la ilustre doña Mencia
de Ledesma y de la Torre,
condesa de Peña Osende,
de Villafranca y del Tormes?
¿Cuadra bien á tal grandeza
y al lustre de esos blasones
actos que el honor mancillan,
actos propios de traidores?

MENCIA. Ved que ofendeis á la Infanta!

MARQ. Todo el que á su rey se opone,
traidor se llama en Castilla,
la ley no sabe otro nombre.

MENCIA. (Con intencion.)
Podrá ser; mas yo conozco,
señor, á muchos varones
que se precian de leales
siendo del rey opresores.
La ley, que justicia pide,
los llama en rudos pregones,
mas como son poderosos
jamás á su voz responden.
Por eso extrañar no os debe
en este juego tan doble,
que anden aquí las lealtades
disfrazadas de traiciones.

MARQ. (Con desden.)
Achaque antiguo, señora,
es del vulgo necio y torpe
escudar su rebeldia
con semejantes razones.
¿Cuándo á sus ojos ha sido
digna la causa del prócer
que del favor del monarca
en pro del reino dispone?
¿Cuándo la malicia osada
dejó de alzar esas voces,

si siempre ha sido la plebe
enemiga de los nobles?
¿Cómo quereis que me extrañen
tan viles acusaciones,
si siempre viven en guerra
los mas contra los mejores?

MENCIA. Que eso digais! (Con ironia.)

MARQ. Eso digo.

MENCIA. Dejad, señor, que me asombre,
que hablan los hechos muy alto
y es sordo quien no los oye.
¿Quiénes fueron los que airados
obligaron una noche
á que el rey abandonase
en Córdoba sus peones?
Triste, fugitivo, solo,
bajel sin rumbo ni norte,
tornó á Castilla al acaso
cruzando valles y montes.
¿Cómo, si los grandes eran
del rey fieles servidores,
no hubo un grande de entre tantos
que lo acompañase entonces?
Sin su ayuda en la frontera,
sin su consejo en las Córtes,
¿qué era el rey sino juguete
de soberbias ambiciones?
Hable el acta de Cigales,
y hablen con ella los condes
que en manos de don Alonso
pusieron el régio estoque.
Avila diga mas tarde,
que allí con horror del orbe,
el manto de la realeza
cayó deshecho en girones.
Ah!.. desde entonces el reino
vive en perpétuo desórden:
el labrador no cultiva,
desiertas estan sus trojes,
presos del hambre suspiran
en las cabañas los pobres;
los pueblos piden sosiego

sin hallar quien se lo otorgue,
que ante le ley de los fuertes
son vanos tales clamores.

MARQ. Decis bien, ¿mas son los grandes
causa de esas aflicciones?
Culpad á aquellos que al vulgo
menguadamente corrompen.
Muerto Alonso en Cardeñosa,
qué hicieron los ricos-homes?
Convocados en Guisando,
unánimes y conformes,
por Isabel de Castilla
levantaron sus pendones.
¿Qué se pactó en aquel dia?
Harto lo sabeis!.. pactóse
un enlace á que la Infanta
hoy sin consejo se opone.
¿Cómo se falta al tratado
con Portugal? ¿Qué razones
en excusa de su afrenta
pueden alegar los nobles?
Los que á la Infanta protegen,
ciegamente desconocen
que al reino y al rey empeñan
en nuevas perturbaciones.
Y esto no ha de ser, pues juro
por esta cruz y mi nombre,
(Señala la de Santiago, que lleva en el pecho.)
que ha de cumplirse el tratado
con todas sus condiciones.

MENCIA. Harto ofreceis!

MARQ. Mucho puedo.

MENCIA. Mucho, mas no hay quien ignore
que no hay poderes que basten
á sujetar corazones.

MARQ. Tal presumis? (Con intencion.)

MENCIA. Tal presumo.

MARQ. Pues permitidme que os note
que á la par que el de la Infanta
allí otro enlace ajustóse.
¿Lo recordais?

MENCIA. Lo recuerdo.

MARQ. ¿Y no sabeis que os impone
el pacto allí establecido
sagradas obligaciones?
Honra debeis al esposo
que aguarda vuestros favores;
mi nombre lleva, es mi sangre,
honradle para que os honre.

MENCIA. Pacto que fuerza mi gusto,
no ha de ser.

MARQ. Eso supone
que á imitacion de la Infanta
rompeis deberes mayores.
¿No es esto?

MENCIA. Sobrado he dicho.

MARQ. (Despues de un instante, procurando dominar su cólera.)
¿Sabeis que en Madrid hay torres
que jamás, como las tumbas,
devuelven á los que acogen?

MENCIA. Lo sé.

MARQ. ¿Y os negais?

MENCIA. Á todo.

MARQ. Está bien!.. fuerte es el roble,
y un leve soplo del viento
lo derriba en ocasiones.
Hola!.. (Yendo á la puerta del fondo.)

MENCIA. (Ap.) ¿Qué intenta?

VIVERO. (Ap. á Mencia.) Firmeza!

MENCIA. (Á Vivero.) Hielo por mis venas corre.

ESCENA VI.

DICHOS, MARCHENA.

MARQ. Entrad, capitan Marchena,
y atento escuchad mi órden.

MARCH. Atento escucho.

MARQ. Al extremo
(Señalando á la derecha.)
de esos anchos corredores,
hay una estancia vacia
con guardas y rejas dobles.

Llevad á esa estancia un tajo,
avisad á un sacerdote,
y antes que el astro del dia
el alto cielo corone,
por traidor á Enrique cuarto,
(Señala á Vivero.)
quitad la vida á ese hombre.

MENCIA. Jesus!..

JUAN. Á mí?.. ¿por qué causa?..

MARQ. ¿Á qué mas explicaciones?..
quien negras traiciones siembra,
sangrientas cosechas coge.

MENCIA. (Con ansiedad.) Es inocente!

MARQ. Inocente!...
¡Si en este juego tan doble,
andan aquí las lealtades
disfrazadas de traiciones!..
Lealtades que de la Infanta
siguen los pasos veloces;
lealtades que tienen ventas
en la mitad de los bosques,
que en las ventas tienen minas,
y en ellas rejas y hachones,
barcas á orillas del rio
y en el rio servidores;
lealtades que no se asustan
ante mi poder disforme,
que osadamente me encierran
y luego en salvo se ponen;
lealtades que aquí se callan
sin recelo ni temores,
y que miran de hito en hito
con arrogancias de noble;
¿qué son aquestas lealtades
si no son rebeliones?
Ahogad, señora, en el pecho
esos profundos clamores,
que cualquiera que los oiga
dirá, sin que se equivoque,
que doliente os los arranca
el amor que en vos se esconde.

MENCIA. (Con dolorosa energia.)

Pues bien, ¿qué importa que el mundo
adivine mis dolores?
Le amo, le adoro, es mi vida;
matarlo es matar de un golpe
dos cuerpos y un alma sola
partida en dos corazones.
Su vida os pido. (Queriendo arrodillarse.)

JUAN. (Conteniéndola) Señora,
¿quién ruega á un pecho de bronce?
Dejad que vierta mi sangre
y que su vapor le ahogue,
que ha de tener al verterla
remordimientos mayores.
Miradme bien: ¿nada os dicen,
Juan Pacheco, mis facciones?
Soy Vivero, hijo de Diego;
mi padre murió en la córte,
acusado ante el monarca
como autor de esas canciones
que con nombre de Revulgo
el reino entero recorren.
Vos secuestrásteis mi hacienda,
yo quedé huérfano y pobre,
y aunque al cabo de mi padre
la inocencia descubrióse,
ni sus bienes me habeis vuelto
ni habeis honrado su nombre.
¿Me conoceis?

MARQ. Os conozco.

JUAN. ¿Y nada en mi pró depone
vuestra conciencia?

MARQ. (Airado.) Marchena,
Harto he dicho.

MARCH. (Con rudeza compasiva.) Vamos, jóven;
y haré al matarte de amigo
que el hacha no te incomode.

MENCIA. (Flaqueando.) Jesus!...

JUAN. (Despidiéndose.) Mencia!...

MENCIA. (Corriendo á él.) ¡Ay, Vivero.

MARQ. Salid! (Interponiéndose, á Vivero.)

JUAN. (Con desprecio y lástima.)
¡Que Dios os perdone!

ESCENA VII.

MARQUÉS, MENCIA, cayendo de rodillas desolada.

MENCIA. Ay, no, no quiero, señor:
matarlo!... no puede ser:
vos sois noble, yo mujer,
soy mujer y tengo amor.
MARQ. Alzad!
MENCIA. No puedo, ay de mí!
no puedo: llamad... que venga:
mientras su vida no obtenga
no me levanto de aquí.
MARQ. ¿Así hollais vuestro decoro
por el amor de ese hombre?
MENCIA. ¿Qué me importan fama y nombre
si él peligra y yo le adoro?
MARQ. Ese amor le mata.
MENCIA. Ah! no;
hablad, disponed de mí;
que él viva, que viva, sí,
no importa que muera yo.
MARQ. Mi hijo os ama.
MENCIA. Harto lo sé.
MARQ. Os ama... y os ama en vano.
MENCIA. (Vacilando.)
Oh crueldad!... (Resuelta.) esta es mi mano,
salvadlo y suya seré.
MARQ. Pues bien, ni aun así quebranta
los rigores de mi encono.
MENCIA. Cómo? (Enjugándose las lágrimas.)
MARQ. Una frase... y perdono.
MENCIA. Preguntad. (Con ansiedad.)
MARQ. ¿Qué es de la Infanta?
MENCIA. Se libra á ese precio? (Con asombro.)
MARQ. Sí.
MENCIA. ¿Solo á ese precio? (Con indignacion.)
MARQ. Á ese solo.
MENCIA. Señor!... tú ves que te inmolo
cuanto depende de mí!
¿Qué mas pudiera hacer yo?

(Levantándose serena y con energía.)
Matadlo si esa es su suerte;
yo podré arrostrar su muerte,
pero su desprecio no.

MARQ. Eso decis?

MENCIA. Eso digo.

MARQ. No mas?

MENCIA. (Con orgullo.) ¿Qué pensais de mí?
cuando á la vida nací,
nació la lealtad conmigo.

MARQ. ¿Y eso es amor?

MENCIA. Mucho mas,
que es honra y virtud.

MARQ. (Con desprecio.) Locura!

MENCIA. Puedo hacer mi desventura,
la de la Infanta, jamás.

MARQ. Basta, señora, venid.

MENCIA. Dónde?

MARQ. Á esperar á otra estancia:
ya doblará esa arrogancia
el alcázar de Madrid.

MENCIA. Señor, que mi duelo ves, (Mirando al cielo.)
tú que das al mártir palma,
¡acoge benigno el alma
de mi amor!... (Con entereza.) Vamos, Marqués.

ESCENA VIII.

MARCHENA pensativo.

Pues señor... ¡voto á mi nombre
que me duele su tormento!
van á matarle... y lo siento,
porque es muy hombre! ¡muy hombre!
Entró sin palidecer;
examinó su escondrijo,
y sonriendo me dijo:
«vaya, amigo, hasta mas ver.»
Cualquiera al verlo reir
dentro ya del calabozo,
hubiera dicho... «ese mozo
no piensa que va á morir.»

Tendrá alientos?... ¡voto va...
digo!... ¡y de esta que no escapa!...
(Con gran sentimiento.)
juro que es hombre de chapa!...
juro que pena me da!...

ESCENA IX.

MARCHENA, MARQUÉS.

MARQ. Llevo dos juegos ganados;
¡está en mi poder... y él muerto!
¡harto me cuestan por cierto
las creces de mis estados!
No va el asunto tan mal;
si logro dar con la huella
de la Infanta, ¡pobre de ella!
entonces... juego cabal.
De mi fuerza á la razon
tendrá al cabo que ceder.
¿Qué podrá en su ayuda hacer
el Infante de Aragon?
(Desdeñoso.)
¡Y mi gente ruda y posma
que al caso no se apercibe!
(Impaciente.)
¿Qué será que no me escribe
el buen obispo de Osma?...
Porque el Infante... ¡aprension!
no ha desistido, no tal:
si ella huyó de Madrigal,
es que él viene de Aragon.
Y nadie escribe!—Ah! ¡Marchena!...
¿qué quereis?

MARCH. Ya está encerrado.

MARQ. Muera así todo el que osado
conspira contra Villena.

MARCH. Amen; en lo mismo estoy.

MARQ. Cumplid, porque el tiempo apura.

MARCH. Descuidad.—Voy por el cura.
Ya por difunto le doy.
(Rumores fuera.)

Pero qué es eso? ¿quién chilla
tan temprano?

MARQ. (Yendo á la puerta.) Esos rumores...

ISABEL. (Fuera.) Abridme paso, señores,
soy la infanta de Castilla.

MARCH. La Infanta. (Al Marqués.)

MARQ. (Volviendo.) Aquí, y á mi puerta?
¡me asombra tanta osadía!

MARCH. ¿Qué hacemos?

MARQ. ¡Dios me la envia!...
Salid, Marchena .. y ¡alerta! (Sale Marchena.)

ESCENA X.

MARQUÉS, con fruicion.

Dios... ó el diablo: ¿qué mas da?
Pues me la traen á la mano,
sabe el cielo soberano
cómo y por dónde saldrá.

ESCENA XI.

El MARQUÉS, la INFANTA ISABEL.

MARQ. Señora!... (Saliendo á su encuentro.)

ISABEL. (Entrando.) Gracias á Dios!...

MARQ. Tanto honor!... (Inclinándose con respeto.)

ISABEL. (Con calma.) No entrar creí!—
(Con desden.) ¡Mucho miedo hay por aquí
cuando así velan por vos!...

MARQ. (Con intencion.) ¡Qué quereis; tan descubierta
anda la traicion, señora,
que no es mucho que á esta hora
esté la lealtad despierta.

ISABEL. Por eso mismo he querido
veros ahora.

MARQ. Honra tal!...

ISABEL. Que como os juzgo leal (Con intencion.)
pensé no hallaros dormido.

MARQ. Pensasteis bien.

ISABEL. Cosa es llana:
y así os evito un reproche,

vos me buscasteis anoche
y yo os busco esta mañana.

MARQ. Sola! (Con intencion.)

ISABEL. Ya veis! (Mirando á todos lados.)

MARQ. (Sonriendo con ironia.) ¡Es valor!...

ISABEL. Pues no es mucha maravilla,
que la infanta de Castilla
no sabe lo que es temor.

MARQ. Á saberlo en buena ley, (Con intencion.)
juzgo que mas cauta fuera,
quien salta ciega y ligera
por los respetos del rey.

ISABEL. (Con orgullo.) De mis actos, solo á Dios
cuenta exacta que dar tengo;
yo vengo aquí á lo que vengo
y no á departir con vos.

MARQ. (Despues de un momento, devorando su ira.)
¿En qué os puedo yo valer,
señora?...

ISABEL. Á mi bien atenta,
quedóse anoche en la venta
disfrazada una mujer:
su libertad arriesgó
por mi vida amenazada,
y no he de ser tan menguada
que aquí la abandone yo.

MARQ. Y venis por ella? (Con asombro.)

ISABEL. (Con calma.) Sí.
¡Ya veis si el miedo me abate!...
(Con solemnidad.) Mirad si por su rescate
me quereis, Marqués, á mí.

MARQ. Á vos? (Con asombro creciente.)

ISABEL. Á mí, sí por Dios.

MARQ. ¿Por ella sola?

ISABEL. ¿Estais loco?
¿valgo, Villena, tan poco
que no valga bien por dos?

MARQ. Luego quereis... (Adivinándolo.)

ISABEL. Al ventero.

MARQ. Imposible. (Con sentimiento afectado.)

ISABEL. (Con firmeza.) Eso ha de ser;
pues que está en vuestro poder

tambien rescatarlo quiero.
MARQ. (Con ironia.) Magnáuimo es el alarde!
¡Digno de vos!... pero...
ISABEL. ¿Qué?
¿Os negais?
MARQ. No por mi fé,
mas pienso que llegais tarde.
ISABEL. Tarde?
MARQ. Tengo ese temor;
mas perdonadme. (Llamando.) ¡Marchena!
ISABEL. (Ap.) ¿Qué hay en su acento de hiena
que me hiela de pavor?

ESCENA XII.

DICHOS, MARCHENA, con un pliego.

MARQ. (Á Marchena bajo.)
Si no ha muerto Juan Vivero...
MARCH. ¿Qué he de hacer?
MARQ. Matarlo al punto.
MARCH. Está bien, ya está difunto:
lo siento... mas... (Con repugnancia.)
MARQ. (Imperiosamente.) Yo lo quiero.
Partid.
MARCH. Voy (Vuelve.) Ah... ¡voto á Crispo!...
ya olvidaba mi mensaje:
ese pliego trae un paje
de vuestro deudo el obispo.
MARQ. Dadme. (Con júbilo.) Logra en su ambicion
la vesta cardenalicia,
si me da alguna noticia
del Infante de Aragon.

ESCENA XIII.

DICHOS, menos MARCHENA.

MARQ. Por traidor iba á morir...
ISABEL. ¿Juan Vivero? (Con exaltacion.)
MARQ. Sí por cierto;
mas libre está si no ha muerto,

que á fé que os quiero servir.

ISABEL. (Con espanto.) Jesus!...

MARQ. (Con ironia.) ¡Esperad en Dios!...

ISABEL. ¡Qué horror!...

MARQ. (Ap. con fruicion.) ¡Su espanto me engrie!

ISABEL. Y ella?

MARQ. Dejad que os la envie!...

ISABEL. Id.

MARQ. (Inclinándose.) Al punto soy con vos.

ESCENA XIV.

La INFANTA sola, estremecida de espanto.

¿Por mi causa va á morir,
ó ha muerto? ¡Horrible primicia!
Dios que es la eterna justicia
no lo puede consentir.
(Mirando al cielo como inspirada.)
No... no puedes!... ¡es notoria
tu bondad, ser increado!
Ahí estás, siempre bañado
con resplandores de gloria!
Por él vine y aquí estoy:
tú inspiras mi pensamiento,
que arista soy de tu aliento
y adonde me empujas voy.
Tu sombra en los aires ví,
tu voz resonó en mi oido;
«ve,» dijiste... y ¡he venido!
tu esclava soy, y ¡héme aquí!
Quien tu justicia no ve,
ciego está!... ¡te adoro!... ¡creo!
(Proféticamente.)
Ah!... no ha muerto, no, lo veo
con los ojos de la fé.

ESCENA XV.

La INFANTA, MENCIA.

MENCIA. Señora!... (Se arrodilla llorando.)

ISABEL. El miedo depon!
MENCIA. ¡Vos aquí!...
ISABEL. (Alzándola.) Ven á mis brazos.
MENCIA. (Abrazándola.) Tengo roto en mil pedazos,
señora, mi corazon.
ISABEL. Tu pena calma. (Con dulzura.)
MENCIA. No puedo,
que en profundísimo afan,
royéndome el alma estan
la rabia, el dolor y el miedo.
Sabeis?...
ISABEL. Sí, todo lo sé. (Enternecida.)
MENCIA. Ya habrá muerto! (Desconsolada.)
ISABEL. (Con solemnidad.) En Dios confia;
Dios prueba á veces, Mencia,
las almas faltas de fé.
MENCIA. (Esperanzada.) Vive todavia?
ISABEL. (Con gran fé.) Sí,
Dios que aquí me ha conducido,
¿á qué me hubiera traido
si no por él y por tí?
MENCIA. (Asustada.) Sola?
ISABEL. Sola.
MENCIA. (Con espanto.) ¿Y sin temor
al infame que os aqueja?
ISABEL. (Con dulzura) ¿Cuando buscaba á su oveja
temió acaso el buen pastor?
Saltando de risco en risco
montes y abismos salvando,
fuese á buscarla dejando
en brazos de Dios su aprisco.
Mas cuando al cabo la halló
presa entre zarzas y abrojos,
¿por qué lloraron sus ojos?
¿Qué fué lo que allí exclamó?
«Prenda mia!... hallada estás,
mas por tí, al verte perdida,
hubiera dado mi vida,
y mas, si tuviera mas.»
Juzga si al venir en pos
de ovejas de mi rebaño,
podrá temer en su daño

quien toma ejemplo de Dios.

MENCIA. Vana esperanza!

ISABEL. ¿Qué?

MENCIA. Huid;
ese infame es una fiera,
que conduciros espera
al alcázar de Madrid.
Há poco, há muy poco...

ISABEL. Qué!

MENCIA. Nuevas de vos me pedia,
y en desquite me ofrecia
la vida del que adoré.

ISABEL. Y aun dudas? (Con enojo.)

MENCIA. (Desconsolada.) ¿Dudar pudiera
si aquí su muerte dictó?
Ah!... dejad que sola yo
á manos del rigor muera.
Partid, señora.

ISABEL. ¿Partir?
si mi intento no consigo,
quedaréme aquí contigo
tu misma suerte á sufrir.

MENCIA. Ved que raya en imprudencia
tal valor.

ISABEL. La fé me excusa.

MENCIA. Tambien con ella se abusa
de la divina clemencia.

ISABEL. Ve que blasfemando estás!

MENCIA. Ah, no; partid, por mi vida.

ISABEL. Tú eres mi oveja perdida,
sin tí no me vuelvo atrás.

MENCIA. Por el Infante, por vos,
por el reino.

ISABEL. Es mi rebaño;
mas nada temo en su daño,
lo dejo en brazos de Dios.

MENCIA. Ah!... (Cayendo de rodillas.)

ISABEL. Cariño por cariño.

MENCIA. Bendígaos Dios. (Besándola las manos.)

ISABEL. (Levantándola.) Basta ya!
(Ap.) ¡En hora mala quizá
su auxilio rehusé á Treviño!

Mas silencio: ese rumor...

MENCIA. Ah señora!... (Con espanto.)

ISABEL. ¿Qué te advierte?...

MENCIA. Rumor es ese de muerte
que me llena de terror.
Viene de aquí. (Señala la puerta de la derecha.)

ISABEL. No, de allí. (La de la izquierda.)

MENCIA. Es de aquí: ¡Jesus!... ¡Marchena!...

ISABEL. Silencio... aquí está Villena:
reza, y confia.

MENCIA. (Ocultándoae el rostro.) Ay de mí!...

ESCENA XVI.

DICHOS, MARCHENA, como asombrado se queda en la puerta derecha, en tanto que VILLENA en la de la izquierda contempla á unos y á otros con íntima satisfaccion, trayendo el pliego abierto en la mano.

MARQ. ·Murió?

MENCIA. Jesus!... (Sosteniéndose en la Infanta.)

MARCH. ¿Qué sé yo?

MENCIA. Oh!... (Con sorpresa.)

MARQ. ¿Qué decis? (Con asombro.)

MARCH. (Con cierta vaguedad.) Que presumo
que se ha convertido en humo,
y el viento se lo llevó.

MARQ. ¿Huyó? (Con ira.)

MARCH. Pues!

MARQ. (Con voz de trueno.) Cómo?...

MARCH. (Desesperado.) No sé,
ni sé por dónde.

ISABEL. Ah!... (Con un grito de gozo.)

MENCIA. (Arrodillándose.) Señora!...

ISABEL. (En tono de triunfo.) Así, arrodíllate y ora,
cristiana de poca fé.

MARCH. (Como disculpándose.) Llevé al sacerdote, abrí,
le llamé, no respondió:
(Con ira y despecho.)
no está!... vamos, se escapó;
sin duda es brujo, ó zahorí.

ABEL. (Con entusiasmo.)

No le busqueis, yo os lo digo,
no le busqueis, es en vano,
que Dios lleva de su mano
á todo el que va conmigo.

MARQ. Si es tanto vuestro poder
(Sin disimular su ira.)
que así el rayo de Dios vibra,
mirad si con él se libra
vuestro Infante mercader.

ISABEL. ¿Qué decis? (Asustada.)

MARQ. (Amenazador.) Que como en pos
va de la vuestra su huella,
al fin he dado con ella
y sereis mios los dos.

ISABEL. ¿Él vuestro? (Con ira y desprecio.)

MARQ. (Con gran satisfaccion.) En este papel
me dan, señora, sus señas.

MENCIA. (Abriendo y gritando á la ventana.)
Aquí, valientes de Dueñas,
aquí, á la infanta Isabel.

MARQ. Oh!... ¿qué haceis? (Queriendo cogerla.)

ISABEL. (Defendiendo á Mencia.) Marqués, atrás,
vuestro enojo no me espanta.
Grita. (Á Mencia.)

MENCIA. (Á la ventana.) Á la Infanta, á la Infanta.

ISABEL. Veremos quién puede mas.

MARQ. (Airado.) Marchena, salid y alerta,
que aquí la traicion se esconde;
vuestra vida me responde
del palacio... y de esa puerta.
(Marchena sale precipitado.)

ESCENA XVII.

DICHOS, menos MARCHENA.

ISABEL. (Á Mencia.) Vienen?

MENCIA. (Con alborozo.) En rudo tropel
acuden ya los pecheros.

ISABEL. Pues grita mas.

MENCIA (Gritando.) Caballeros,
aquí, á la infanta Isabel.

MARQ. Gritad, gritad... ¿mas qué suena?...

(Ruido de armas)
Armas?

ISABEL. (Con arrogancia.) Sí... ¡La puerta franca!

MARQ. (Cogiendo una espada del trofeo.)
Veremos quién os arranca
de la manos de Villena.

ESCENA XVIII.

DICHOS, por la puerta secreta D. FERNANDO y caballeros, por la derecha VIVERO, armado de todas armas con gentes del pueblo.

FERN. Eh!... rendios, caballero,
que ahora á la inocencia auxilia,
por aquí el rey de Sicilia.

JUAN. (Entrando con estrépito.)
Y por aquí Juan Vivero.

ISABEL. (Acudiendo á D. Fernando.)
Ah!...

MENCIA. (Corriendo á Juan.) Mi Vivero!...

ESCENA XIX.

DICHOS, MARCHENA, que vuelve azorado y con la espada desnuda, y detrás TREVIÑO, que guarda la puerta del fondo con algunos caballeros.

MARCH. (Viendo lo que pasa y notando á Vivero.)
Traicion!...
¿Mas que es esto?... Oh! maravilla!...

JUAN. Doblad, Marqués, la rodilla
al Infante de Aragon.
Rendidle pleito homenage,
como á quien es.

MARQ. (Arrodíllase.) Sí haré tal;
lo rindo, mas no en señal
de obediente vasallaje.

TODOS. Muera!...

FERNAN. Callad!... (Con ira.) ¿Quién osado
grita así al verle á mis pies?
(Pausa.) Alzad!...

MARQ. (Con orgullo.) Alzo.
(Momento de pausa.)

FERNAN. (Sonriendo.) Buen Marqués;

¡mala noche me habeis dado!...

MARQ. (Con rudeza.) Azar de guerra.

FERNAN. (Sonrriéndose y con calma.) Es verdad.

MARQ. Al rey sirvo, soy su esclavo,
cumplí un deber.

FERNAN. (Con sarcasmo.) ¡Y yo alabo
alma de tanta lealtad!
(Con intencion.) ¡No son cual la vuestra todas!

ISABEL. Qué decis?... (Ap. á D. Fernando.)

FERNAN. (Con intencion.) Sé lo que digo.
(Al Marqués.) Así, pues, vendreis conmigo
á ser testigo en mis bodas.

MARQ. Vuestro prisionero soy.

FERNAN. (Con agasajo.) ¿Quién habla de prisionero?
Estais libre, caballero...
(Movimiento de Villena para salir, le detiene el Infante.)
pero os retengo por hoy.

ISABEL. ¿Él testigo? (Ap. á D. Fernando.)

FERNAN. (Á la Infanta.) Almas tan dobles
se rinden á estos empeños;
ya veis... ¡aun somos pequeños
para romper con los nobles!

MARQ. (Fingiendo resignacion.) He perdido en esta lid...
vamos.

JUAN. (Á Marchena.) Entregad la espada.

MARQ. (Ap. como asaltado de un pensamiento.)
Triunfaré en otra jornada.

FERNAN. Treviño, á Valladolid.
(Salen todos, menos Marchena y Vivero.)

ESCENA XX.

JUAN VIVERO, MARCHENA.

JUAN. Ves?... te gané la partida.

MARCH. Ya!... si tratas con el diablo!...

JUAN. (Riendo.) Lo que es hoy... ¡voto á un venablo!
no doy nada por tu vida.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon régio de estilo gótico, compartido por tres arcos ojivales.

En primer término, á la derecha del actor, un balcon que se supone dar á la calle: en segundo la habitacion del Infante D. Fernando. Á la derecha igual compartimiento, es decir, balcon en primer término, y la habitacion de la Infanta Isabel en segundo.

Por el arco del centro se descube una capilla ochavada con puerta practicable en dos hojas al centro, y á la cual se sube por una ligera escalinata. Á derecha é izquierda de la capilla galerias en rampa que bajan hasta confundirse en la escalinata de la capilla.

El espacio que separa el salon de las galerias son á derecha é izquierda las entradas y salidas á la parte habitable del resto del edificio.

Muebles de la época; arañas y candelabros encendidos. Á poco de abrirse la escena salen de la capilla, que vuelve á cerrarse inmediatamente, la Infanta Isabel y Doña Mencia.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA y DOÑA MENCIA.

ISABEL. Habla; en tu frente sombria
vivo el pesar se retrata:

¿qué tienes? ¿qué te maltrata?
quiero saberlo, Mencia.

MENCIA. (Con vaguedad.) No sé.

ISABEL. Con santo fervor
preces alzabas á Cristo;
mas viéndote orar, he visto
que temblabas de terror.
¿Por qué? ¿Qué nuevos temores
agriando tu dicha estan,
hoy que á coronarse van
mi ventura y tus amores?

MENCIA. No es nada... nada... ¡aprension!...

ISABEL. Oh!... me lo callas en vano:
(Le pone la mano en el pecho y mira fijamente á Mencia.)
¿Por qué asi bajo mi mano
se agita tu corazon?
Mal se ocultan tus enojos
cuando así, con ansia loca,
suspiros lanza tu boca,
lágrimas vierten tus ojos.
Nuncios que en turbion deshecho
cual relámpagos rielan,
que harto claro me revelan
la tempestad de tu pecho.
Habla; ¿qué sientes?

MENCIA. (Con extrema vaguedad.) Pavor.

ISABEL. De qué?

MENCIA. No lo sé, ¡ay de mí!

ISABEL. Supersticion?

MENCIA. Tal vez sí.

ISABEL. Mas ¿qué es la causa?

MENCIA. (Revelando en la voz su miedo.) Un clamor
que dentro del pecho siento
y de espanto me estremece;
es una voz que parece
la voz de un presentimiento;
voz que parece decir
solemne, doliente y fria,
«ruega á Dios, buena Mencia,
que esta noche has de morir.»

ISABEL. Jesus!...

MENCIA. La siento, aquí está:
¡siempre aquí! grita, me advierte!
¡Es el soplo de la muerte
que helándome el alma va!
Quiero apartarla de mí,
rezo por ahogarla: ¡en vano!
su eco mortal y liviano
resuena aquí, siempre aquí!

ISABEL. ¿Quién teniendo alma cristiana
teme así?

MENCIA. Creyente soy;
mas llena de espanto estoy
desde esta misma mañana.

ISABEL. Desde esta mañana?

MENCIA. Oid,
y sabreis por qué imagino
que en hora aciaga el destino
nos trajo á Valladolid.

ISABEL. Habla.

MENCIA. En grata variedad,
llenos de amor y ufania,
cruzamos, ya entrado el dia,
las calles de la ciudad.
Rica y vistosa en arreo,
torrente de luz y plata,
era nuestra cabalgata
casi alarde de un torneo.
Por gozar de tal vision
que causaba maravilla,
los pecheros de la villa
salieron en confusion.
Y atravesando el espacio
de aquel mar rudo y ferviente,
fuimos cual ola viviente
desde la entrada á palacio.
Ibamos casi á compás,
vos y el Infante delante;
Villena en pos del Infante,
Juan Vivero y yo detrás.
Vos radiosa de alegria,
galan y amante mi dueño,
Villena turbado el ceño,

a faz pálida y sombria.
De pronto arregló su talle,
sobre el palafren se irguió,
y á una ventana miró
al revolver de una calle.
Curiosa el rumbo seguí
de su mirada anhelante,
y en la ventana el semblante
de un hebreo descubrí.
Miró Villena hácia vos,
os vió el infiel, y no hay duda,
en esta mirada muda
se comprendieron los dos.
Despues tornóse hácia mí
Villena vertiendo enojos,
y aun la lumbre de sus ojos
siento que me quema aquí. (Señala al pecho.)
Bajo tan negra impresion,
triste á palacio llegué:
dormí, soñé, y desperté
con pena en el corazon.

ISABEL. Y qué soñaste?

MENCIA. Escuchad,
cosas que mi espanto acrecen;
porque hay sueños que parecen
imágen de la verdad.
—Soñé que orando ante Dios,
de un peligro amenazadas,
no sé en qué templo, postradas
nos hallabamos las dos.
Mar de estrellas parecia
de aquel templo el ara santa;
pues tanta luz... tanta, tanta,
delante del ara ardia,
que su inmenso resplandor
trajo al punto á mi memoria,
la luz que inunda de gloria
la gloria del Redentor.—
De pronto en la inmensidad
soplaron vientos y nieblas;
la luz se tornó en tinieblas,
el templo en oscuridad.

Sola una luz, clara, viva,
cárdena, roja, sangrienta,
quedó ardiendo; y lenta, lenta,
descendiendo de allá arriba,
vino hácia vos de tal suerte,
que á medida que bajaba,
en vuestra faz se pintaba
todo el horror de la muerte.
La voz al gritar perdí,
pues para mayor congoja,
aquella luz viva y roja
torció el rumbo y vino á mí.
Llegó!... la sentí!... cayó
sobre mí cual lava hirviente;
quemóme al tocar la frente,
osciló un punto, y murió.

ISABEL. Y qué mas? (Con ansiedad.)

MENCIA. ¿Qué mas?... No sé;
quedé fria, muda, yerta!
llamé á Dios!... ¡estaba muerta!
lancé un grito... y desperté.

ISABEL. Raro sueño! (Pensativa.)

MENCIA. (Con pavor.) No por Dios,
realidad que maravilla,
que ahora mismo en la capilla
se ha revelado ante vos.

ISABEL. Cómo?

MENCIA. Á los pies de la cruz
que es espanto del abismo,
ha poco, casi ahora mismo,
brillaba roja otra luz.
Á su vago resplandor
de negro espanto transida,
sentí pararse mi vida
como herida de estupor.
Su llama arrojó á mi sien
una chispa que aquí siento;
vaciló ténue un momento,
y... ¡al cabo, murió tambien!

ISABEL. Y eso ¿qué quiere decir?

MENCIA. Esa luz en la agonia,
(Con dolor.) es la imágen de Mencia

que esta noche ha de morir.

ISABEL. (Despues de un momento.) Extraña supersticion
que el miedo en tu mente agranda!
Haz, cristiana, lo que manda
nuestra santa religion:
olvida, reza; jamás
des crédito á esas visiones;
tales sueños son creaciones
del génio de Satanás.
Siempre de la dicha en pos
va con malvados empeños:
Mencia, los malos sueños
nunca proceden de Dios.
Mas ve quién viene hácia aquí.

MENCIA. (Alegremente.) Vivero!

ISABEL. Tu bien apura;
no es Vivero, es tu ventura
que amante viene por tí.

ESCENA II.

DICHAS, JUAN VIVERO.

JUAN. Ah! (Deteniéndose al ver á la Infanta.)

ISABEL. Venid.

JUAN. (Con gozo.) ¿Aquí las dos?

ISABEL. Llegad, que amor os reclama. (Con cariño.)

JUAN. Hoy sobre mi ser derrama
todos sus prodijios Dios.

ISABEL. Cómo?

JUAN. Tan altos favores
debo á su justicia hoy,
que juzgo que andando voy
por una senda de flores.

ISABEL. Hablad.

JUAN. Al cabo serena
brilla la luz que he buscado!

MENCIA. Cómo?

JUAN. Sí, Dios ha tocado
el corazon de Villena.

MENCIA. (Con asombro.) De Villena?...

JUAN. No os asombre;

al bien se torna resuelto;
(Mostrando unos pergaminos.)
mirad, mis bienes me ha vuelto,
y honor ha vuelto á mi nombre.

ISABEL. (Á Mencia.) No ves? alienta, respira!
¿dudarás de esto tambien?

MENCIA. ¡Ay señora, es tanto el bien,
que me parece mentira!

ISABEL. (Impaciente.) Menguado afan de temer
y nunca en Dios confiar!
—Vivero, podeis hablar
que quiero el caso saber.

JUAN. Pues oid como pasó
lo que de gozo me llena.
—Hace poco que Villena
con un paje me llamó.
Partí al alcázar, subí,
á su aposento llegué:
me anunciaron, penetré,
y aguardaba: estaba allí.

ISABEL. Solo?

JUAN. Solo. Al verme entrar,
vínose á mí de repente;
me abrazó, inclinó la frente,
y lo sentí sollozar.

MENCIA. ¿Villena? (Con asombro.)

JUAN. Ante aquel dolor,
rudo, intenso, inesperado,
le dije de asombro helado:
—«¿Qué quereis de mí, señor?
—Vuestro perdon quiero! dijo.
—Mi perdon?—Sí, mal que os cuadre;
quien fué injusto con el padre,
justo será con el hijo.
La envidia le calumnió,
le condenó la malicia,
el rey mandó hacer justicia
y en su nombre la hice yo.
En él castigadas vi
culpas de Rodrigo Cota;
mas su sangre gota á gota
cayendo está sobre mí.

Desde aquel fatal momento
justicia su sombra clama,
y airada en mi pecho llama
la voz del remordimiento.
Por todo el mundo os buscó
mi afan con empeño ardiente;
y si anoche la ira hirviente
en mí el deber sofocó,
hoy que cobrada la calma
frente á mi conciencia estoy,
tomad, y por lo que os doy
volvedme la paz del alma.»

ISABEL. ¿Y vos, qué hicisteis? (Con ansiedad.)

JUAN. Temí,
vacilé; de rabia lleno,
sentí revolverse el cieno
del odio dentro de mí.
Mas alzando el corazon
á Dios, templé mis enojos,
y por ser grato á sus ojos
le concedí mi perdon.

ISABEL. Así al genio del abismo (Con entusiamo.)
postró el Señor á sus pies;
¡grande sois!... ¡muy grande es
el que triunfa de sí mismo!...

JUAN. Salió conmigo al tapiz,
y allí con voz triste y fria,
me dijo: «pierdo á Mencia,
os ama, hacedla feliz.
Para mi heredero, en pos
de su amor ciego he corrido,
mas pues Dios no lo ha querido,
me humillo al poder de Dios.
Al templo á rogar iré
por vuestra eterna ventura;
es hermosa, es santa, es pura,
sed dichosos!...»—Y se fué!
Ah! cuando solo me ví,
sentí en mí tal alborozo,
que por mostraros mi gozo
torné al punto y héme aquí,

ISABEL. Y ahora temer te está bien? (Á Mencia.)

MENCIA. Ah!... no.
ISABEL. Tus dudas esconde,
que el bien á un sueño responde
que yo he tenido tambien.
(Sale D. Fernando y se aproxima á ellos lentamente.)
MENCIA. Vos?
ISABEL. Te lo quiero contar,
que tambien habla contigo.
MENCIA. Decid.

ESCENA III.

LA INFANTA, MENCIA, VIVERO y D. FERNANDO.

FER. (Llegando.) Mi estrella bendigo
si es que lo puedo escuchar.
ISABEL. Ah!...
MENCIA. ¡Don Fernando!...
JUAN. (Inclinándose.) Señor!...
ISABEL. ¡Dormido os juzgué por cierto!
FER. ¿Cuándo no vela despierto
corazon que tiene amor?...
ISABEL. Oh!... (Pudorosa.)
FER. Vuestro acento sentí
vertiendo dulce fragancia,
y estando cerca mi estancia
llegó el aroma hasta mí.
Mi ansiedad os quiso ver,
no fuí de vencerla dueño,
salí... y hablabais de un sueño;
¿puedo el sueño conocer?
ISABEL. Pues no?
FER. Pues podeis contar.
ISABEL. Oid, que el relato sigo.
—Soñé que estaba conmigo
Mencia en medio del mar.
Frágil y estrecha la nave
que á las dos nos conducia,
las claras ondas rompia
con viento fresco y suave.
¿Mas qué mucho que gallarda

rompiera vidrios y espumas,
si la empujaban las plumas
del ángel de nuestra guarda?
—«Buena Infanta, ¿adónde vas?»—
gritó una voz mortuoria:
y yo respondí:—Á la gloria,
que llevo un ángel detrás.»
—Y era la verdad, pardiez;
pues allá del mar profundo,
salió otra tierra, otro mundo
que era la gloria tal vez.
De pronto hollando la plata
del mar, rauda como un ave,
dibujó el cielo otra nave
que era nave de un pirata.
Gigante sobre su entena
un génio audaz se mecia,
y ¡cosa extraña! tenia
la propia faz de Villena.
Al verle á la incierta luz
del sol bajando á su ocaso,
me alcé y grité: «abridme paso,»
mostrando al aire una cruz.
Mas él por toda respuesta,
un arco rudo tendió,
y al punto el aire rompió
el silbo de una ballesta.
Ronco un grito de agonia
sonó muy cerca de mí;
miré, el dardo estaba aquí,
(Poniendo la mano en el pecho de Mencia.)
sobre el pecho de Mencia.

MENCIA. Oh!... ¿lo veis? (Con terror)

ISABEL. Calla y sabrás
que es tu temor ciego y vano.
Al verte tendió su mano
el ángel que iba detrás.
El duro acero arrancó,
sanó tu mortal herida,
y una vez vuelta á la vida
hácia el génio se tornó.
Cayó turbado de hinojos

al verlo airado el gigante;
perdon pidió suplicante
alzando al cielo los ojos;
pero en vano, que allí mismo,
sangrientas como amapolas,
el ángel abrió las olas
y lo envolvió en el abismo.

MENCIA. Jesus!

ISABEL. Gritando, piedad!
se hundió en el mar; y aquel grito
perdióse en el infinito,
lo apagó la eternidad.
Poco despues, «adelante,»
gritó otra voz en las brumas;
y el ángel batió su plumas
sobre mi nave triunfante.
Llena de fé y contricion
volvíme al ángel ligera;
y era aquel ángel... (Con rubor.)

FER. (Adivinando.) ¿Quién era?

ISABEL. (Bajando los ojos.)
Vos!... mi Infante de Aragon!...

FER. Era yo? (Lleno de amor.)

ISABEL. Vos mismo, sí,
que llenando mi deseo,
cuando en peligro me veo
estais delante de mí.
¿Quién anoche, sino vos
libróme de mis empeños?...
¿No ves, Mencia? ¡estos sueños
son los que vienen de Dios!

FER. De oirlos me maravillo!

ISABEL. ¿Es locura?

FER. No es locura,
que nuncio ya de ventura
llegó el obispo Carrillo.

ISABEL. Llegó? (Con gozo.)

FER. Sí, y honrado y fiel,
espera allí. (Señala á su habitacion.)

ISABEL. (Con jubilo.) ¡Dios lo envia!...
vamos á verle, Mencia,
(Conteniéndose.) que tu bien llega con él.

FER. ¿Solo el suyo? (Con intencion.)
ISABEL. (Con modestia.) ¡El de las dos!...
FER. Os pesa mi amante alarde?...
ISABEL. (Entre pudorosa y amante.)
Oh!... ¿qué es pesar? ¡Dios os guarde!
FER. Ay mi bien!... ¡que os guarde Dios!
(Entran en la habitacion de la Infanta.)

ESCENA IV.

D. FERNANDO, JUAN VIVERO.

FER. (Siguiéndola con arrobamiento.)
Candor, pureza, cariño,
valor, virtud, fé constante;
eso despiden las llamas
de sus ojos celestiales.
Candor de niña que arroba,
pureza propia de un ángel,
cariño tierno y sin mancha
como el de esposa y de madre;
valor que inflama y que ciega,
virtud que en respetos arde,
fé de santa!... ¡Buen Vivero!
¿No es todo en ella admirable?
Quien apoyado en su mano
el mar de la vida salve,
bien podrá escalar la gloria
siendo en la tierra un gigante.
Mas descendamos un poco,
que aun va por la mar la nave,
y aun pudiera de la Infanta
el sueño aquí realizarse.
JUAN. ¿Cómo, señor?...
FER. Se conspira.
JUAN. ¿En palacio?
FER. Y en las calles.
Gentes de talante rudo
penetran por todas partes,
y en son de traicion se ocultan
en callejas y arrabales.
JUAN. Temeis quizá que Villena

aun pueda intentar...

FER. ¿Quién sabe?
más le temo resignado
que haciendo altivos alardes.
Su ángel custodio me ha dicho
la infanta Isabel en antes,
y pues que en mí se confia
no ha de confiar en balde.

JUAN. Oh!... sabré... (Queriendo salir.)

FER. (Deteniéndole.) Aguardad un poco;
mirad qué quiere ese paje,
y qué lleva en la bandeja
orlada de tafetanes.

ESCENA V.

DICHOS, un paje llevando en una bandeja dos grandes velas de cera con remates de oro y lazos en medio, uno encarnado, y otro blanco: el encarnado con la cifra del Infante, y el blanco con la de la Infanta.—Vivero se separa, detiene al paje, y despues de examinarlo vuelve al lado del Infante.

FER. (Pensativo.) Dónde se habrán detenido
que no llegan mis mensajes?
¿Me hará traicion Benavente?
Me faltará el Almirante?
No, imposible; de Villena
son los dos ciegos rivales,
y por humillar su orgullo
serán de todo capaces.
Benavente está en Simancas,
don Fadrique está en Cigales,
¿qué los detiene? ¿qué ocurre
que no llegan, y ya es tarde?
¡Y el bueno de Enrique cuarto,
que tiene pruebas palpables
del crímen que en Cardeñosa
robó la vida al infante!
¿por qué no contesta? Teme
que le asesine cobarde
quien por esquilmar su reino
fiero se opone á este enlace?

Oh!... de impaciencia y de enojo
hierve en mis venas la sangre!
por si es traicion, ¡vive el cielo
que abreviar quiero el instante!
Y bien?... (Volviéndose á Vivero.)

JUAN. (Trayendo al paje.) Mirad, son dos velas
de encantadores remates,
que en el acto de las bodas
serán antorchas nupciales.
Esta encarnada es la vuestra;
esta de blancos encajes,
con la cifra de la Infanta
trae vuestras armas reales.

FER. ¡Bizarro trabajo!... Apuesto
sin temor de equivocarme,
que el presente es de Treviño,
que por mi amor se deshace.
¿Os gusta?

JUAN. Me maravilla;
y es por Dios rico homenage,
que honrando á quien se destina
tambien honra á quien lo hace.

FER. Pues vuestro es.

JUAN. Cómo?

FER. Es vuestro,
quiero que de Dios delante
alumbren estas dos velas
dos corazones leales.

JUAN. Ah, señor!...

FER. Noble Vivero,
aceptar esto es honrarme.
La Infanta, ajena á las pompas
y ajena á las vanidades,
cuando en vuestras manos vea
estas antorchas brillantes,
por ser premio y gusto mio,
yo sé bien que ha de alegrarse.

JUAN. (Inclinándose.) ¡Sea pues!

FER. (Al paje.) ¡Rico presente!
Está bien! podeis llevarle.
(El Paje entra en la Capilla.)

ESCENA VI.

D. FERNANDO y JUAN VIVERO.

FER. Y ahora, Vivero, escuchad:
no hay que perder un momento,
el rumor de un alzamiento
circula por la ciudad.
JUAN. Qué decis? (Alarmado.)
FER. Torpe la grey
que de fiel al rey blasona,
por todas partes pregona
que soy contrario del rey.
JUAN. Iniquidad! (Indignado.)
FER. No, malicia
de Villena, que con arte
pone al pueblo de su parte
por temor á su justicia.
JUAN. ¿Y á qué tenerle indulgencia
si así al alzamiento ayuda?
¿Sabeis que es él?
FER. Sí, no hay duda,
él y el conde de Plasencia.
JUAN. Lejos está.
FER. No, en verdad.
que segun mis confidentes,
ha poco estaban sus gentes
muy cerca de la ciudad.
JUAN. Oh!... ¿qué hacer?
FER. Si hay dos leales
que hallen las salidas francas,
Benavente está en Simancas,
y el almirante en Cigales.
JUAN. Pues á llamarlos saldrán
en este mismo momento:
corceles tengo que al viento
en presteza vencerán.
FER. Partid y volved aquí,
que por si el diablo la enreda,
no ha de faltarnos quien pueda
ganar la partida allí.

JUAN. En la capilla?
FER. Allí espero.
JUAN. ¿Luego abreviais?... (Con gozo.)
FER. Sí por Dios;
siempre pega como dos
aquel que pega primero.
Id, y que nadie lo advierta.
JUAN. Discreto soy.
FER. Bien está;
pero acertado será
que volvais por otra puerta.
¿Me comprendeis?
JUAN. Sí, á fé mia.
FER. Volved pronto.
JUAN. (Saliendo.) ¿Hay dicha tanta?
FER. (Ap.) Al cabo logro á la Infanta!
JUAN. (Con entusiasmo) Al cabo logro á Mencia!

ESCENA VII.

D. FERNANDO.

¿Vencerme quiere su argucia?
veremos cómo ha de ser,
que hoy va poder á poder
y va astucia contra astucia.
Buen plan! ¿neutral se mantiene
y sumiso en la apariencia
mientras llama al de Plasencia
y al pueblo agitado tiene?
Y alzaráse en ronco grito
la plebe audaz y villana
cuando vibre su campana
la torre de San Benito?
Muy bien!—Si en triunfal cortejo
viene el Almirante fiel,
yo haré sonar contra él
la campana del concejo.
Y en vano la frente enhiesta
soberbio ante mí alzará,
porque el repique que oirá
será repique de fiesta.

Mas, que es de Treviño, pues?
que tarda?... ¡ya desconfio!...
¿Habrá hallado á ese judio?
(Con gozo.)
Oh!... sí, le ha encontrado. ¡Él es!

ESCENA VIII.

D. FERNANDO, el conde de TREVIÑO. Uno y otro con mucha intencion.

TREVIÑO. Aquí estoy.
FER. ¡Gracias á Dios!
¿Al fin le hallaste?
TREVIÑO. Le he hallado.
FER. Y hablaste con él?
TREVIÑO. (Dándole un pomo.) Me ha dado
este pomo para vos.
FER. Dame. ¿Luego fué Villena?
TREVIÑO. No es tan torpe: fué por él
á verle con un papel...
FER. Quién?
TREVIÑO. El capitan Marchena.
FER. Es lo mismo.
TREVIÑO. Tal presumo.
FER. Y algo pidió? (Con gran intencion.)
TREVIÑO. En ello estais;
mas dijo que no temais
de la llama ni del humo.
FER. Eso el peligro no fija.
TREVIÑO. Lo mismo sospecho yo;
pero luego me añadió
que el mal lleva en su sortija.
FER. ¡Siempre traidor y villano!
¿Y esa joya?...
TREVIÑO. Con él va:
por eso la muerte está
siempre á tiro de su mano.
FER. Eso no me basta á mí,
quiero luz, dudo, me abismo.
TREVIÑO. Pensando yo en eso mismo

me traje al infiel aquí.
FER. Vino el hebreo? (Con gozo.)
TREVIÑO. Sí tal.
FER. ¿Dónde?
TREVIÑO. Allí. (Señala su habitacion.)
FER. Gracias, y alerta!
TREVIÑO. Id tranquilo, que á esa puerta
vela un corazon leal.

ESCENA IX.

TREVIÑO, solo.

Lince fué, lince, á fé mia,
cuando al paso, esta mañana,
vió á ese infiel en la ventana
cerca de la Traperia.—
Desde que en Huesca lo ví,
y mas tarde en Sariñena,
dije: á secreto me suena
lo que está pasando aquí.—
¿Sigue al infante quizá
por su mandato?—Tal creo,
que en todas partes lo veo
por donde quiera que va.—
¿Se entenderán? Claro es;
y el juego es doble, no hay duda,
pues el infiel finge ayuda
al mismo tiempo al Marqués.—
¡Con vista torva y airada
hoy á la infanta marcó!
¿Lo vió el Infante, ó vendió
el infiel esa mirada?
Que le avisó me presumo
y á buscarlo me hizo ir.—
¿Qué habrá querido decir
con lo del fuego y del humo?—
Saberlo quisiera!—Y cómo?—
no sé: de espanto me llena
la sortija de Villena,
lo del humo y lo del pomo.—
Mas él aquí? Dios le asista

si el plan que intenta no aborta:
vive Dios!... por lo que importa
no le perderé de vista.

ESCENA X.

El conde Treviño, Villena.

Marq. (Ap.) Aun llego á tiempo! aun desiertos
se encuentran estos salones!...
si el de Plasencia me acude
no habrá quien mi triunfo estorbe.—
Ah!... ¿sois vos?
Treviño. (Inclinándose.) ¡Que el cielo os guarde!
Marq. Buen Treviño, buenas noches!
¡Solo estais por lo que veo!
Treviño. No tan solo, á fé de conde,
que quien vive entre cuidados
nunca solo se supone.
Marq. Oh!... decis bien; y sospecho
por mas de algunas razones,
que esta noche esos cuidados
han de ser mucho mayores.
Treviño. Tal presumo.
Marq. (Con marcada intencion.) Anda la plebe
tan levantisca esta noche,
que temo que de sus iras
el torrente se desborde.
Treviño. Contra quién? (Con intencion.)
Marq. No sé: circulan
tan misteriosos rumores,
que despertando recelos
en gran alarma me ponen.
Treviño. Á vos?
Marq. Sí, se me calumnia;
se dice que astuto y doble
fraguo contra los Infantes
indignas maquinaciones.
Treviño. Oh... (En son de incredulidad.)
Marq. Ya veis!...
Treviño. ¡Fábula inícua!...
Marq. Inícua, sí, inícua y torpe:

siendo aquí su prisionero,
¿cómo excitar sus furores?

TREVIÑO. Prisionero?... no!...

MARQ. (Fingiendo enojo.) Es lo cierto
que se abusa de mi nombre,
y á desmentir he venido
tan viles suposiciones.

TREVIÑO. Solo?... (Con intencion.)

MARQ. (Id.) No... (Lo lleva al balcon.)
mirad mi escolta.
¡cincuenta lanzas!

TREVIÑO. (Retirándose del balcon.) ¡Son hombres!
(Ap.) ¡Pardiez qué chasco se lleva
si cree infundirme temores!

MARQ. ¿Qué pensais? (Con intencion.)

TREVIÑO. Juro por Cristo
que obrais como bueno y noble,
y que despertais mi celo
para tomar precauciones. (Va al otro balcon.)

MARQ. ¿Qué haceis? (Alarmado.)

TREVIÑO. (Llevándole al balcon.)
Escuchad... (Llamando.) Gutierre?

VOZ DENTRO. Alerta estoy, por san Jorge.

TREVIÑO. «Se dice que habrá revuelta;
cuando el tumulto se note,
haced levantar los puentes
y todo el mundo á las torres».
(Separándose al Marqués.)
Mil gracias por el aviso.

MARQ. (Ap. con ira.)
Esto es ponerme en prisiones.

TREVIÑO. Ved, el Infante.
(Se retira mirándolo con intencion.)

MARQ. (Ap. ahogando la ira.) Si hoy triunfo,
mañana haré que te ahorquen.

ESCENA XI.

EL INFANTE, D. FERNANDO, VILLENA.

INFANTE. (Se detiene al ver á Villena.)
Ah!... ¡Gran maestre!...

MARQ. (Inclinándose.) Señor!...

FER. ¿Aquí ya?... (Con asombro.)
MARQ. (Humildemente.) Perdon os pido,
si antes de tiempo he venido
á implorar vuestro favor.
FER. Cómo?
MARQ. Tan sin ley ni tasa
cunden las calumnias hoy,
que solo á cubierto estoy
bajo el techo de esta casa.
FER. ¿De vos hablan?
MARQ. Sí, por Dios.
FER. Y esas voces os apuran?
MARQ. Oh... mucho!
FER. ¿Pues qué murmuran?
MARQ. Que conspiro contra vos.
FER. Y quién habla así? (Con sarcasmo.)
MARQ. La grey
torpe, cobarde y rastrera,
que por vuestra culpa espera
el odio vivo del rey.
FER. ¿Por mi culpa? (Sonriendo.)
MARQ. Sí en verdad;
como sabe que este enlace
se lleva á cabo y se hace
sin su egregia voluntad,
hácia mí vuelve los ojos
la plebe vil, que imagina
que si ante mí se amotina
podrá evitar sus enojos.
FER. Y vos?...
MARQ. (Con dignidad.) Vasallo sincero
ayer con mi rey cumplí;
hoy soy prisionero aquí
y soy noble y caballero.
(Con enojo.) Y mancha mi alto blason
y mi honrado nombre humilla,
quien supone con mancilla
que pueda haceros traicion.
FER. ¿Qué importa que hablen detrás
(Con intencion.) si yo aquí la verdad toco?
(Sonriendo con malicia.)
No os irriteis por tan poco,

que hay quien dice mucho mas.

MARQ. Cómo? (Con asombro.)

FER. Allá por Aragon
tanto la plebe os infama,
que os juro que vuestra fama
miedo infunde al corazon.

MARQ. Oh!... ¿pues qué dicen de mí?... (Con desden.)

FER. Cuentos!... ¡De ellos estoy harto!
—Se dice que Enrique cuarto
no es quien reina por aquí.—

MARQ. Eso dicen! (Riendo sarcásticamente.)

FER. (Con creciente ira.) Sí, por Dios;
y añaden que ardiendo en celos,
hay aquí cien reyezuelos,
y que el primero sois vos.
Dicen que hirviendo en codicia,
diestro en astucia y maña,
tropieza con vuestra saña
quien aquí pide justicia.
Y que humildes á la ley
de vuestro orgullo potente,
temblando os doblan la frente
desde el pechero hasta el rey.

MARQ. (Ap.) Oh!... ¿qué es esto? (Con temor.)

FER. (Conteniéndose.) ¡Por san Blas!...
que son calumnias infiero:
pero escuchad, caballero,
que hay quien dice mucho mas.
(Con marcada intencion y enojo creciente.)
Cuenta un rumor sordo y vago
que contra el papa y el rey,
os hizo aquí vuestra ley
gran maestre de Santiago.
Cuenta que ciego y procaz
en Ávila pieza á pieza,
la estátua de la realeza
rompisteis loco y audaz.
Cuenta ademas que arrogante
en pos de vuestro interés,
alzasteis sobre el pavés
á don Alonso el infante.
¡Hoy su alma pura reposa

allá en el seno de Dios!
—¡Sabe el cielo... y quizás vos
cómo murió en Cardeñosa!—
pues se cuenta de tal suerte
lo que el crímen ocultó.
que al saberlo, lloré yo
del pobre niño la muerte:
sediento y de angustia lleno
pidió de beber en vano:
(Mirándole con horror.)
¡Dios maldiga al que villano
vertió en su vaso el veneno!...

MARQ. Oh!... señor... (Espantado.)

FER. Callad, por Dios:
Pues que el rey las pruebas tiene,
y en el poder os mantiene,
¿por qué disculparos vos?
No es verdad que es falso el yugo
que á todo el reino mancilla?
No hubiera acaso en Castilla
contra un tirano un verdugo?
Pues bien, que digan de vos!
la mentira ¿qué os espanta?...
(Cambiando de tono.)
Esperad... voy por la Infanta:
Gran maestre, ¡guárdeos Dios!

ESCENA XII.

El MARQUÉS, ciego de ira.

Que el rey sabe la verdad
me ha dicho en son arrogante;
muy bien; pues me arroja el guante,
guerra á muerte y sin piedad.
¿Pero qué es eso? ¿qué suena?...
¿motin? ¿la plebe?... ¡tal creo!...
(Con gozo.) Oh!... Satanás!... mas qué veo?
(Entra Marchena.)
(En voz baja.) Aquí, Marchena, Marchena.

ESCENA XIII.

El MARQUÉS, MARCHENA.

MARQ. ¿Qué ocurre?... pronto!...
MARCH. Mandad:
ya el de Plasencia está entrando.
MARQ. Oh! (Rugiendo de gozo.)
MARCH. Sus tropas van cruzando
las calles de la ciudad.
MARQ. Oh!... Satanás me socorre!...
Pues bien, id, que se alce el grito,
y que suene San Benito
hasta que caiga su torre.
MARCH. Y bien, ¿qué grito?
MARQ. El de ley!
ve, corre, vuela, Marchena.
MARCH. ¿Valladolid por Villena?...
MARQ. No, Castilla por el rey.

ESCENA XIV.

El MARQUÉS con la movilidad de la impaciencia.

Pues en tan buena sazon
el de Plasencia me auxilia,
veremos, rey de Sicilia,
quién triunfa en esta ocasion.
Veremos quién logra mas,
tu poder ó el de Villena:
(Suena el órgano.)
Cielos!... ¿qué es esto que suena?...
¿se está casando quizás?
(Con furor creciente.)
Sí, con harto disimulo
me engañó su fingimiento.
¿Qué importa?... su casamiento
será nulo!... será nulo!...
Mas qué en impedirlo tarda
mi saña que se revela?...

(Va á la capilla y se detiene con júbilo infernal y rie satánicamente.)
Ah!... no!... la vela! la vela!...
que arda!... que arda!... que arda!
su roja llama presumo
que ha de abreviar su destino.
Impedirlo?... ¡Desatino!...
que aspire... que aspire el humo!...
Su denso y negro vapor
hará mas corta su vida.

MENCIA. Jesus!... (Grito dentro.)

MARQ. (Con acento de triunfo.)
La Infanta es perdida,
me lo anuncia ese clamor.

ESCENA XV.

Aparecen por la capilla el INFANTE D. FERNANDO, la INFANTA ISABEL y JUAN VIVERO, que bajan á la escena sosteniendo á MENCIA.

ISABEL. Mencia!...

JUAN. Mi bien!

FER. (Conduciéndola á un sitial.) Aquí.

JUAN. Habla, mi amor; ¿qué te espanta?...

MARQ. (Ap.) Oh! Satanás!... ¡No es la Infanta!
¿qué génio la ampara así?

MENCIA. Aire... ¡más!... por compasion...
Más!...

JUAN. (Espantado.) ¿Qué es esto, Dios clemente?...

MENCIA. Esto?... Una llama que hirviente
me consume el corazon.
No te separes de aquí,
ven... Vivero... quiero verte!...
esta es la muerte!... la muerte
que se apodera de mí.

JUAN. (Cayendo de rodillas.)
La muerte?...

MENCIA. (Casi desfallecida.) ¡Horrible congoja!...

ISABEL. (Levantándola en sus brazos.) Alienta! respira.

MENCIA. Ya veis... que no era mentira
mi sueño de la luz roja!...

JUAN. (Gritando.) Socorro!..,
MARQ. (Sonrieudo ap.) El diablo lo fragua!...
Igual para mí es el caso.
MENCIA. Agua!... me abraso!... me abraso!...
FER. Pronto aquí... ¡un vaso de agua!...
MARQ. (Á una puerta gritando.)
Agua!... (Ap.) Mi venganza es fija!
mas por si el humo no es bueno,
no ha de fallarme el veneno
que se encierra en mi sortija. (Sale.)

ESCENA XVI.

DICHOS, menos VILLENA.

FER. Respirad!... (Aplicándola el pomo.)
MENCIA. Aire!... señor!
JUAN. (Con un grito doloroso.)
Morir!... y morir ahora!...
ISABEL. Llora, que es muy justo, llora,
corazon lleno de amor.
FER. No temais!...
MENCIA. Oh!... ¡cómo quema!...
ISABEL. Mira quien tu bien predice;
ves?... el Infante me dice
que no tema!... ¡que no tema!
FER. No temais! (Á Mencia.)
ISABEL. (Solenmemente.) Confia en Dios:
MENCIA. (Con voz angustiosa.)
En él creo!... en él confio!...
JUAN. (Desesperado.)
Se muere!... Señor!... Dios mio!...
haced un milagro vos.
ISABEL. No temas, conmigo va
su justicia.
FER. Ya respira!
Ah buen hebreo!... (Ap. con gozo.)
MENCIA. (Respira.) Ay Dios!...
ISABEL. (Á Vivero.) Mira.—
¿Se ha salvado? (Al Infante.)
FDR. Salva está.

MENCIA. Dios mio!... (Incorporándose.)
ISABEL. (Á Mencia y Vivero.) Orad y creed.

ESCENA XVII.

DICHOS, VILLENA, con una bandeja y vaso de oro.

MARQ. Aquí está el agua!...
FER. (Mirándole con asombro.) Vos?... ¡Cómo!...
(Á la Infanta.) ¡Que aspire mas ese pomo!
(Se dirige al Marqués.)
¿Vos con el agua?—Bebed.
MARQ. Yo?... (Con terror. Retrocediendo ante la actitud de D. Fernando.)
FER. (Con ira.) Bebed, alma de cieno.
MARQ. Señor!... (Retrocediendo.)
FER. (Con voz de trueno.) Que bebais os digo;
á tal crímen tal castigo,
y veneno por veneno.
TODOS. Un veneno? (La Infanta va hácia el Infante.)
FER. (Á Isabel.) Para vos
lo destinaba su mano.
ISABEL. (Despues de un momento.)
Pues Dios me salvó...
JUAN. (Levantándose y yendo á él con el puñal.)
Ah villano!
ISABEL. (Deteniéndole y arrojando el vaso.)
Dejad que lo mate Dios.
MENCIA. Supremo Dios de bondad!...
ISABEL. (Volviendo al lado de Mencia.)
Aspira con mas empeño;
esta es la vida, es mi sueño
que se torna en realidad.
(Suenan campanas á rebato y voces.)
FER. Oh!... Callad... ¿qué ronco grito
de nuevo el temor provoca?
¿Una campana?...
MARQ. (Sacudiendo su espanto y gritando.) ¡Es que toca
á rebato San Benito!...
JUAN. (Oyendo.) San Benito?
FER. (Con estupor.) Estoy perplejo!...

JUAN. (Con júbilo.)
Ese son que el aire llena,
no es San Benito, es, Villena,
la campana del concejo.
Su funeral vibracion
te está llamando al abismo,
porque esta noche, yo mismo
te ahorcaré de ese balcon.

MENCIA. (Alzándose y abrazando á Vivero.)
¡Gloria á Dios!

UNA VOZ. (Dentro.) Sús, y adelante.

ISABEL. (Con entusiasmo.)
¡La voz que rasgó las brumas!
¡Aun bate el ángel las plumas
sobre mi nave triunfante!

JUAN. Mencia!... (Contemplándola con gozo.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, MARCHENA.

MARCH. Marqués, huid,
no es Plasencia, no es su gente;
don Fadrique y Benavente
estan en Valladolid.

MARQ. (Con ira.) ¿Me abandona Satanás?

ISABEL. Sí, tu pérdida es notoria;
(Viendo las tropas.)
mira... ¿ves?... Voy á la gloria
(Cogiendo la mano del Infante.)
y llevo un ángel detrás.
(Entran las tropas de Benavente y el Almirante, que aparecen coronando las galerias con los pendones de Castilla.)

ESCENA XIX.

DICHOS, TREVIÑO, apresurado, con pliegos.

TREVIÑO. Del rey.

FER. ¿Del rey? (Lo lee para sí.) Atencion.
Lee, Vivero.

JUAN. Yo?
FER. Sin duda.
JUAN. (Leyendo.)
«Enrique cuarto saluda
»al Infante de Aragon.
»Vuestra carta recibí
»que harto mal me satisface,
(Movimiento de gozo en Villena.)
»pues siento que en este enlace
»prescindais los dos de mí.
»Mas si es hecho, nada importe,
»sereis mi hermano y mi amigo;
(Movimiento de gozo en la Infanta.)
»pero os impongo en castigo
»tener á Dueñas por córte.
»En cuanto al genio del mal
»que con sus artes me acosa,
»aunque sé de Cardeñosa
»el crímen descomunal,
»haced que del reino fuera
»vaya á imponer otro yugo,
»y advertidle que el verdugo
»custodiará mi frontera.»
(Movimiento de alegria en todos.)
MARQ. (Aterrado.) Oh! (Pausa.)
FER. (Con calma.) Ya veis!... ¡blanda es su ley!
os trata con indulgencia:
Juan Vivero, es su sentencia;
cumplidla.
TODOS. ¡Que viva el rey! (Pausa.)
MARQ. (Con terror á Marchena.)
Partiremos.
MARCH. (Con rudeza.) Solo vos.
MARQ. Solo?
MARCH. La carta he escuchado,
y servir á vuestro lado
no es servir al rey ni á Dios.
Yo con el rey nunca lucho,
con la conciencia, tampoco,:
de aquí, (La frente.) ya sé, tengo poco,
pero de aquí, (Corazon.) tengo mucho.
JUAN. (Dándole la mano.) Bravo, Marchena, á fé mia.

MARCH. Suyo fuí; vuestro seré.
JUAN. (Con intencion.)
Parto esta noche?
FER. (Mirando á Mencia.) No á fé.
Mañana al rayar el dia.
Llevadle. (Sale Villena con varios soldados.)

ESCENA XX.

DICHOS, menos VILLENA.

FER. (Á Treviño, en secreto.) En la estancia esa
se esconde...
TREVIÑO. Ya sé.
FER. Un tesoro;
pesa á ese hebreo con oro,
y dale el oro que pesa. (Sale Treviño.)

ESCENA XXI.

DICHOS, menos TREVIÑO.

FER. Y ahora, Infanta, mandais vos,
que ser vuestro esclavo quiero.
ISABEL. Pues bien, Mencia, Vivero,
(Tomando la mano á D. Fernando.)
todos, al templo de Dios!
De Dios, fuente de verdades,
dominador de la muerte,
que hoy por nuestro bien convierte
los *sueños* en *realidades*.
(Se abre la capilla, donde se ve al obispo Carrillo: los soldados se arrodillan, y por medio de todos atraviesan el Infante, la Infanta, Mencia y Vivero, al compás de una música solemne y religiosa. Cae el telon.)

FIN.

ADVERTENCIA.

Además de algunas incorrecciones que se han escapado al revisar las pruebas de este drama, pero que el buen sentido del lector suplirá fácilmente, sin necesidad del auxilio de una *Fé de erratas*, se ha omitido una redondilla importante en el acto tercero, escena primera, pág. 63, que debe decir Doña Isabel despues de la línea 20 en que termina el sueño de Mencia.

Héla aquí.

¡Coincidencia singular
la de ese sueño sombrio!
Algo tiene de otro mio
que ahora me haces recordar.
Etc.

En el tercer acto, escena quince, á fin de aligerar un poco la situacion, el verso en que Juan pregunta: *¿Qué es esto, Dios clemente*? se ha cambiado en la representacion en la siguiente forma.

JUAN. ¿Qué es esto, Dios potente?
MENCIA. Esto? La muerte inclemente
que me quema el corazon.

Se suprimen por lo tanto los cuatro versos que siguen, replicando Juan á continuacion:

¡La muerte! etc.

He creido conveniente hacer esta advertencia á fin de que se atemperen á ella las empresas de provincias en la ejecucion de la obra.

A. M.

VENTA EN MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA, CARRETAS, 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

DON ALFONSO DURAN, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, 2.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.